

Índice

Prólogo	2	Capítulo V. El misterio desplazado	26
Capítulo I. El misterio de Dios	3	Existencialismo	27
Explicando a Dios	3	Humanismo	27
Los grandes misterios de la vida	5	Secularismo	28
El Dios misterioso	7	Materialismo	29
Capítulo II. La Revelación del misterio	9	Capítulo VI. El hombre ante el misterio	30
Fuentes de la Revelación	9	Indiferencia	30
El proceso profético	10	Incredulidad	33
El hecho histórico	11	Capítulo VII. Un acercamiento al misterio	38
Necesidad de la Revelación	12	Dios, problema eterno del ateísmo	38
El dilema del hombre	13	Un acercamiento al problema de Dios	39
Capítulo III. El misterio encarnado	14	Cristo, la solución al problema	41
Dioses y cultos impersonales	14		
Personalidad del Dios viejotestamentario	16		
El Dios personal del Nuevo Testamento	18		
El misterio de la piedad	19		
Capítulo IV. El misterio discutido	20		
Confusión en el seno del catolicismo	21		
La muerte de Dios	23		
Otros conceptos teológicos	25		

Prólogo

al mismo tiempo llana, escueta, sin otras pretensiones que las de exponer algo de lo mucho que la Biblia tiene que decir sobre el eterno misterio de Dios al hombre del siglo XX.

Juan Antonio Monroy

En la literatura popular del Hinduismo existe un proverbio simple, conciso: «*El nombre de Dios es misterio*».

Vale. Dios admite todos los nombres, cualquier nombre; porque Dios carece de nombre. Cuando Moisés quiso saber cómo llamar a Dios, el Eterno respondió: «*¡Yo soy el que soy!*»

Misterio cuadra perfectamente con su naturaleza, con su esencia, con su identidad, con su trascendencia. Podemos llamarle misterio. Podemos aceptarlo como misterio. Podemos sentirlo como misterio. Podemos proclamarlo como misterio que siempre estará por encima de todas las especulaciones filosóficas, por encima de todas las definiciones gramaticales, por encima de todas las conclusiones del racionalismo teorizante.

En este nuevo libro mío no discuto el misterio de Dios; me limito a presentarlo. No obstante, voy más allá de la meta de salida, y sin rozar la de llegada recorro el camino necesario para dilucidar algunos aspectos del misterio.

El misterio de Dios ha sido revelado por Cristo y desvelado en Él. El misterio se hizo carne humana en el pesebre de Belén, dando a la Teología y a la Filosofía materia de reflexión que no se ha agotado en veinte siglos. De todo esto me ocupo en los cinco primeros capítulos del libro. Los dos restantes los empleo en subrayar las diferentes actitudes del hombre ante el misterio y en intentar un acercamiento a lo que todavía tiene de problemático para muchos.

Publicar un nuevo libro sobre Dios es contribuir, de alguna manera, a curar el aislamiento y la melancolía del hombre contemporáneo. La humana añoranza de Dios no es una prueba de la insuficiencia de Su bondad, como pretendía Guide, sino de la falta de comprensión del hombre mismo. Este concepto adquiere luminosidad en la novela de los hermanos rusos Strugatski, *¡Qué difícil es ser Dios!*

Finalmente: *El Misterio de Dios* lo he escrito con vocabulario sencillo, en un estilo llano, personal, carente de pomposidad idiomática, ausente de retórica. Entiendo que obras tales como *El Testamento de Dios*, del judío-francés Bernard Henry Levy, son de difícil lectura y de interés casi exclusivo para los especialistas del tema. Yo he querido hacer una obra de reflexión, sí, pero

Capítulo I

El misterio de Dios

André Malraux, el francés autor de *La Condición Humana*, *Oraciones fúnebres*, etc., acostumbrado a penetrar el sentido de las grandes crisis, dijo en 1968 a través de los micrófonos de Radio Europa Número 1, en París:

«Hay en este mundo muchos creyentes, pero la civilización moderna no es una civilización religiosa, y no se basa en un acontecimiento religioso. Hoy día, la civilización se desenvuelve, en cierto modo, en el vacío.»

No encuentro palabras más adecuadas para introducir el tema del misterio de Dios.

En el mundo quedan muchos creyentes a quienes interesa el tema.

La despreocupación religiosa de nuestra civilización precipita al hombre en el vacío.

Solamente Dios puede llenar ese vacío y calmar todas las angustias que perturban la interioridad de la naturaleza humana.

EXPLICANDO A DIOS

Según la definición del diccionario, «misterio es cualquier cosa que no se puede comprender o explicar.»

Es insondable la mente de Dios

Romanos 11:33-36: «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque, ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a Él primero, para que le fuese recompensado? Porque de Él, y por Él, y para Él, son todas las cosas. A Él sea la gloria por los siglos. Amén.»

Son profundos sus secretos

Job 11:7-9: «¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso? Es más alta que los cielos; ¿qué harás? Es más profunda que el Seol; ¿cómo la conocerás? Su dimensión es más extensa que la tierra, y más ancha que el mar.»

Dios es, en efecto, un misterio, dando a esta palabra el más estricto sentido académico. A Dios no podemos comprenderlo ni explicarlo.

Pero Dios, ¿es lo único en el mundo que no se puede comprender ni explicar?

Para Salomón, el mundo que él conocía tenía cuatro cosas que no podían explicarse, cuatro misterios.

Proverbios 30:18-19: «Tres cosas me son ocultas; aun tampoco sé la cuarta: El rastro del águila en el aire; el rastro de la culebra sobre la peña; el rastro de la nave en medio del mar; y el rastro del hombre en la doncella.»

¿Son éstas las únicas cosas que no podemos explicar hoy?

A mayor progreso, más misterios.

Las matemáticas. Son la «ciencia experimental, fundada en la observación por los sentidos. Su desarrollo tiene por base la intuición y la lógica». Así dice el diccionario. Pero:

¿Qué intuición?

¿Qué lógica?

¿Por qué dos y dos han de ser cuatro? ¿Por qué no siete o nueve?

Los gusanos de seda. Nacen negros y van cambiando misteriosamente de color.

Cambian cuatro veces de piel.

Después del último cambio comienzan a hilar un capullo, que llega a formarse de un solo hilo de hasta 1.000 metros de largo.

A las tres semanas, uno de los extremos del capullo se reblandece, se perfora y sale una mariposa. ¡Al gusano le han salido dos pequeñas alitas!

¿Quién puede explicar esta transformación? ¡Y queremos explicar a Dios!

El dolor de cabeza.

—Doctor, me duele la cabeza.

—Tome dos pastillas de aspirina.

–Las he tomado y me sigue doliendo.

Aquí comienza una serie interminable de análisis, radiografías y exploraciones cerebrales. Todo para determinar un dolor de cabeza.

Si no podemos explicarnos esto, un simple dolor de cabeza, ¿cómo queremos explicar a Dios?

El pensamiento. Para René Descartes (1596-1650), el ser coincide con la idea. La existencia es demostración del pensamiento: «Pienso, luego existo».

Pero, ¿por qué pienso?

¿Por qué existo?

¿Qué es pensar?

¿Qué es existir?

¿Puede explicarse el pensamiento?

¿Puede explicarse la existencia?

¡Y queremos comprender y explicar a Dios!

Más simple aún: la blancura de la leche. Una vaca negra come yerba verde y da leche blanca. ¿Tontería? ¡En absoluto!

Una más entre las muchas cosas que no podemos comprender ni explicar.

Dios es inexplicable. Si no podemos explicar tantas cosas sencillas que nos rodean, mucho menos podemos explicar a Dios.

La razón no conduce a Dios, sino a la duda, a la confusión, a la desesperación.

Unamuno decía: «Con la razón buscaba un Dios racional, que iba desvaneciéndose por ser pura idea, y así paraba en el Dios nada».

Machado cantaba:

*El Dios que todos llevamos,
el Dios que todos hacemos,
el Dios que todos buscamos
y que nunca encontraremos.*

A Dios no se llega a través de la explicación intelectual, porque Dios escapa a toda explicación del hombre.

El uso exclusivo de la razón no nos lleva a Dios, sino a la confusión, al caos.

Job 37:14-20: «Escucha esto, Job; detente, y considera las maravillas de Dios. ¿Sabes tú cómo Dios las pone en concierto, y hace resplandecer la luz de su nube? ¿Has conocido tú las diferencias de las nubes, las maravillas del Perfecto en sabiduría: ¿Por qué están calientes tus vestidos cuando Él sosiega la tierra con el viento del sur? ¿Extendiste tú con Él los cielos, firmes como un espejo fundido? Muéstranos qué le hemos de decir; porque nosotros no podemos ordenar las ideas a causa de las tinieblas. ¿Será preciso contarle cuando yo hablaré? Por más que el hombre razone, quedará como abismado.»

Un Dios «explicado» no vale. He estado dos veces en las Cataratas del Niágara. La primera vez en 1964 y la segunda en 1971. Esta última vez pasé toda una tarde en compañía de un grupo de turistas. Al atardecer, terminado ya el recorrido, oí que un niño canadiense, de unos diez años, que venía con sus padres del Canadá francés, decía a la madre:

–¿Estas son las Cataratas del Niágara? ¡No es más que agua!

Tras haber recorrido lo más importante de las Cataratas, el niño quedó desilusionado. ¡Habían desaparecido el encanto y la magia!

Un Dios que pudiésemos explicar, que nos fuera factible reducir a cálculo, a lógica, un Dios cuyos secretos conociéramos como conoce el especialista el cerebro electrónico, no nos valdría en absoluto.

- Sería un Dios a nuestra imagen y semejanza.
- Sería un Dios igual a nosotros.
- Sería un Dios inservible, incapaz de ayudarnos.

Dios nos vale en tanto que misterio.

Job quería un Dios razonable y razonado con quien hablar y a quién responder.

Job 23:3-7: «¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios! Yo iría hasta su silla. Expondría mi causa delante de Él, y llenaría mi boca de argumentos. Yo sabría lo que Él me respondiese. Y entendería lo que me dijera. ¿Contendería conmigo con grandeza de fuerza? No; antes Él me atendería. Allí el justo razonaría con Él; y yo escaparía para siempre de mi juez».

Pero sabía que la grandeza de Dios está precisamente en el oculto del misterio, si bien Él conoce nuestro camino:

Job 23:8-10: «He aquí yo iré al oriente, y no lo hallaré; y al occidente, y no lo percibiré; si muestra su poder al norte, yo no lo veré; al sur se esconderá, y no lo veré. Mas Él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro».

LOS GRANDES MISTERIOS DE LA VIDA

Jean Paul Sartre, el teórico del ateísmo filosófico, ya fallecido, decía: «La religión resuelve el problema de Dios a base de misterio. Pero el misterio es siempre un cómodo recurso. Yo quisiera un Dios sin misterios, un Dios al alcance de la filosofía».

Esto es como pedir peras al olmo.

Dios es y será siempre un misterio. Pero Dios no es el único misterio en nuestro universo. Vivimos rodeados por el misterio.

La Naturaleza. Hay que estar ciego para no ver el gran misterio sobrenatural que es la Naturaleza.

Porque existe; la tenemos ante nuestros ojos.

Si este mundo ha sido creado por Dios, ¡misterio!

Si se ha creado solo, a sí mismo, ¡misterio! Si subsiste increado desde la eternidad, ¡misterio! ¡Siempre el misterio!

¡Misterio son los montes, centinelas entre el cielo y la tierra!

¡Misterio son las praderas cubiertas de verdor! ¡Misterio son los océanos con sus aguas temblorosas!

La vida. Hace dos mil años la población mundial se componía de 250 millones de habitantes. Actualmente somos cuatro mil quinientos millones.

Para el año 2000 seremos unos siete mil millones. Miles de niños nacen diariamente en el mundo. Cegados por la frialdad de los números, nos despreocupamos del misterio de la vida.

Aquí estamos, cuatro mil quinientos millones de seres humanos, envueltos en nuestras luchas y en problemas diarios.

Pero,

¿De dónde hemos venido?

Contestar diciendo que somos el producto de la unión sexual entre un hombre y una mujer no es resolver el misterio.

Si al hombre lo ha creado Dios, ¡misterio!

Si el hombre ha salido de la Nada, ¡misterio!

Si el hombre es producto de una revolución animal originada en el fondo de los océanos, ¡misterio!

La muerte. La Biblia dice que está establecido a los hombres que mueran una vez (*Hebreos 9:27*).

Y añade que «no valen armas en tal guerra» (*Eclesiastés 8:8*). La muerte es inevitable.

Pero ¿qué es la muerte? ¿Podemos explicarla racionalmente? ¿No es otro misterio? ¡Y la tocamos todos los días!

Estamos en la habitación del dolor. Dentro de una caja yace sin vida la persona que aún amamos. Lloramos, nos desesperamos, gritamos. ¡Nada! ¡Ni se entera! ¿Por qué?

Llevamos el cadáver al cementerio. Hacemos descender la caja a la fosa abierta en la tierra húmeda. Paladas de tierra sobre nuestro muerto. Vuelta a casa. Todo terminó. ¿Qué ha ocurrido? ¿Quién lo puede explicar? ¡Misterio!

El alma. ¿Podemos explicar qué es el alma? ¿Somos capaces de negar su existencia?

¡La sentimos! ¡Nos da la vida!

En el Antiguo Testamento hay una historia que nos ilustra perfectamente sobre la existencia y función del alma. Dice así:

1º Reyes 17:17-24: «Después de estas cosas aconteció que cayó enfermo el hijo del ama de la casa; y la enfermedad fue tan grave que no quedó en él aliento. Y ella dijo a Elías: “¿Qué tengo yo contigo, varón de Dios? ¿Has venido a mí para traer a memoria mis iniquidades, y para hacer morir a mi hijo?” El le dijo: “Dame acá tu hijo”. Entonces él lo tomó de su regazo, y lo llevó al aposento donde él estaba, y lo puso sobre su cama. Y clamando a Jehová, dijo: “Dios mío, ¿aun a la viuda en cuya casa estoy hospedado has afligido, haciéndole morir a su hijo?” Y se tendió sobre el niño tres veces, y clamó a Jehová y dijo: “Jehová Dios mío, te ruego que hagas volver el alma de este niño a él”. Y Jehová oyó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a él, y revivió. Tomando luego Elías al niño, lo trajo del aposento a la casa, y lo dio a su madre, y le dijo Elías: “Mira, tu hijo vive”. Entonces la mujer dijo a Elías: “Ahora conozco que tú eres varón de Dios, y que la palabra de Jehová es verdad en tu boca”».

El alma es la vida. Cuando el alma se separa del cuerpo, la vida cesa. Pero el alma, ¿no es otro misterio? ¿Podemos explicarla?

El amor. ¿No es otro misterio? ¡Y tanto!

Michaelis: «La aproximación del amor causa tan profunda emoción, que el corazón se entrebre y bebe la vida como las plantas beben el rocío».

Musset: «En el amor hay engaños: Con frecuencia se siente uno herido, a veces desgraciado, pero ¡la cuestión es amar! Cuando llega uno a la tumba, se vuelve a mirar el pasado y exclama: También me engañé, pero he amado y he vivido».

Madame Chaisseul: «El amor es la agitación de la vida».

Uno de los más grandes misterios que rodean al hombre es el amor.

Si misterio es lo que no puede comprenderse ni explicarse, ¿hay alguien que pueda explicar qué es el amor?

¡Solamente los tontos se ríen del amor!

¡Solamente los cobardes huyen del amor!

¡Solamente los acomplejados menosprecian el amor!

Pero, ¿puede explicarse?

¿Existe el amor o no existe?

¿Quién no lo ha sentido alguna vez?

* * * * *

¡El Universo es un misterio, y lo admitimos!

¡La vida es un misterio, y la vivimos!

¡La muerte es un misterio, y la sufrimos a diario!

¡El alma es un misterio y somos incapaces de negarla!

¡El amor es un misterio y nos abraza continuamente con su fiebre!

¿Es justo rechazar a Dios porque también Él se mueve en el misterio?

La *Luna*. Si Dios dejara de ser misterio ya no sería Dios, habría perdido su atractivo y su poder.

A las tres y cincuenta y seis minutos de la madrugada (hora española) del lunes 21 de julio de 1969, una voz, procedente de la Luna, decía: «Águila ha aterrizado». El astronauta americano

Armstrong puso a continuación el pie izquierdo sobre la capa lunar, con el natural nerviosismo, luego el derecho, y dio unos pasos tímidos.

Desde la tierra, el presidente Nixon le contestó: «Estamos orgullosos de vosotros; el cielo es ya parte de la tierra».

¿Fue realmente una conquista? Posiblemente. Pero mató muchas ilusiones, porque destruyó el misterio.

No sólo el cielo no es parte de la tierra, sino que ya no nos queda ni el recurso de soñar con la Luna, ni de hacerle versos.

Si Dios dejara de ser misterio nos defraudaríamos tremendamente, como nos defrauda la Luna ahora que se la ha despojado de su misterio de siglos.

Rechazamos a Dios porque –decimos– el misterio nos impide llegar a Él, y vivimos rodeados de misterio, inmersos en el misterio, formando parte del misterio. Si misterio, como hemos escrito ya con el auxilio del diccionario, es «lo que no puede comprenderse ni explicarse», la vida –y también la muerte– están cargadas de misterio. Hay misterio en la mirada silenciosa de dos enamorados; de misterio está hecha la hoja que tiembla solitaria en el árbol; las aguas azules se bañan en misterios marinos; sueños de misterio dormitan en las nubes celestes; una alfombra de verde esmeralda cubre de misterio los campos, se extiende sobre los valles y arroja los bosques; misterio llora el recién nacido en su primera canción de protesta a la vida y misterio bebe en el tembloroso pecho materno. Misterio soy yo cuando río y cuando lloro, cuando sufro y cuando gozo, cuando amo y cuando desprecio; misterio soy cuando hablo, y cuando permanezco callado, y cuando corro, y cuando duermo, y cuando me pongo a cumplir la tarea diaria.

Se paseaba un día Agustín a orillas del mar procurando penetrar con su pensamiento el misterio de la trinidad cuando encontró a un niño que habiendo hecho un pequeño hoyo en la arena trataba de vaciar en él, con el hueco de su mano, toda el agua del mar. Al preguntarle Agustín al niño por qué lo hacía, éste respondió:

–Quiero vaciar en este agujero toda el agua del mar.

–Imposible– dijo Agustín.

El niño le replicó:

–Pues lo lograré antes de que tú puedas llegar a comprender aquello en que piensas.

Y desapareció.

EL DIOS MISTERIOSO

Aun cuando la palabra «misterio» tiene una aplicación muy amplia y trasciende el campo de la religión, en la Biblia adquiere siempre un sentido religioso.

En los Evangelios

En los Evangelios aparece tres veces nada más, una vez en cada uno de los Evangelios Sinópticos:

Marcos 4:11: «Y les dijo: “A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; mas a los que están fuera, por parábolas todas las cosas”». (Véanse también Mateo 13:11 y Lucas 8:10.)

En el libro de Daniel

En el libro de Daniel, Dios no sólo es misterio; es también revelador del misterio.

Daniel 2:27-28: «Daniel respondió delante del rey, diciendo: “El misterio que el rey demanda, ni sabios, ni astrólogos, ni magos, ni adivinos lo pueden revelar al rey. Pero hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios, y Él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los postreros días. He aquí tu sueño, y las visiones que has tenido en tu cama...”»

Daniel 2:47: «El rey habló a Daniel, y dijo: “Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, y Señor de los reyes, y el que revela los misterios, pues pudiste revelar este misterio”».

En las epístolas de Pablo

Pablo es quien más trata acerca del misterio. Dios es, sin duda, un Dios misterioso.

Colosenses 2:2: «Para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo».

En Dios no cabe hablar de misterio, sino de misterios. Son muchos los misterios que envuelven su personalidad. Es posible que los tres más importantes sean el misterio de su origen, el de su identidad y el de su localización.

El misterio de su origen

La Biblia empieza con una frase rotunda, contundente, definitiva: «En el principio Dios» (Génesis 1:1).

El autor bíblico no se molesta en explicarnos la procedencia de Dios.

No la puede explicar o no lo estima necesario.

Dios es algo tan natural como el viento, como la respiración, como la vida misma.

En Dios no se puede hablar de «antes» ni de «después».

Dios es «siempre» y es «nunca».

Dios es «ayer», y es «hoy», y será «mañana».

La tesis principal de Carlos Marx falla precisamente por aquí.

Su crítica contra la religión se basa en que «Dios no ha hecho al hombre, sino que el hombre ha hecho a Dios».

Pues bien, si esto fuera verdad, Dios tendría su origen en algún momento remoto de la Historia humana. Bastaría con hallar al hombre que hizo a Dios. Al primer hombre que se convirtió en autor de la divinidad, al primer dios que salió de las manos, o de la mente, o del corazón del hombre.

Pero esto es tan imposible como que el camello pase por el ojo de una aguja de coser.

El misterio de su identidad

Tampoco es posible identificar a Dios. Hubo un hombre, en los tiempos antiguos, fiel creyente, que le pidió a Dios su carnet de identidad. Le suplicó que se identificara. Pero la respuesta de Dios no dispuso el misterio. He aquí el relato:

Éxodo 3:1-6 y 3:10-14: «Apacentando Moisés las ovejas de Jetro su suegro, sacerdote de Madián, llevó las ovejas a través del desierto, y llegó hasta Horeb, monte de Dios. Y se le apareció el Ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. Entonces Moisés dijo: “Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema”. Viendo Jehová que él iba a ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: “¡Moisés, Moisés!” Y él respondió: “Heme aquí”. Y dijo: “No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es”. Y dijo: “Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob”. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios.

»“Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel”. Entonces Moisés respondió a Dios:

»“¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel?” Y Él respondió:

»“Ve, porque Yo estaré contigo; y esto te será por señal de que Yo te he enviado: cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte”. Dijo Moisés a Dios: “He aquí que llevo yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé?” Y respondió Dios a Moisés: “YO SOY EL QUE SOY”. Y dijo: “Así dirás a los hijos de Israel: Yo soy me envié a vosotros”».

No más explicaciones. «YO SOY EL QUE SOY.»

En el capítulo 4 de San Juan tenemos un eco de estas palabras, al decirle Cristo a la samaritana: «YO SOY...»

Al multiplicarse los idiomas y las religiones, los hombres han dado distintos nombres a Dios. Pero Dios no se atribuye nombre alguno.

El nombre no es más que un accidente. La personalidad de un ser no depende de su nombre.

Si el origen de Dios es un misterio, misterio es igualmente su identidad.

El misterio de su localización

Un niño de ocho años realizó por primera vez un viaje en avión. Estaba entusiasmado, contando los días que faltaban para el viaje. Al regresar, los padres le vieron muy serio. Al preguntarle la causa, el niño contestó: «Lo de Dios es una mentira. Hemos estado en el cielo y yo no lo he visto.»

Algo parecido dijo el primer astronauta ruso, Gagarin, cuando regresó de su experiencia espacial.

La culpa tal vez no sea ni de Gagarin ni del niño. Es posible que a este niño le enseñaran a orar en el «Padre nuestro que estás en los cielos» y no se molestaran en explicarle que la localización de Dios es también misterio.

En el cielo lo han arrinconado aquellos que no desean la intervención de Dios en los problemas de la tierra.

Si Dios estuviese limitado al cielo ya no sería omnipresente. Sería un Dios limitado. Para Pablo, Dios está en todas partes; puede y quiere estar en nosotros:

Hechos 17:24-28: «El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por

manos de hombres, como si necesitase de algo; pues Él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas. Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, pueden hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en Él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje suyo somos».

Este Dios misterioso está aquí, en este lugar, en la vida que te rodea, y puede que no lo sepas. A veces el hombre necesita una sacudida en su naturaleza, una agitación en su espíritu que le haga despertar a la realidad de Dios.

Ese fue el caso de Jacob:

Génesis 28:10-17: «Salió, pues, Jacob de Beerseba, y fue a Harán. Y llegó a un cierto lugar, y durmió allí, porque ya el sol se había puesto; y tomó de las piedras de aquel paraje y puso a su cabecera, y se acostó en aquel lugar. Y soñó; y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella. Y he aquí, Jehová estaba en lo alto de ella, el cual dijo:

»“Yo soy Jehová, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente. He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho”. Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: “Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía”. Y tuvo miedo, y dijo: “¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo”. Despierta de tu sueño espiritual».

Esta vida puede ser para ti, a partir de este momento, casa de Dios y puerta del cielo. Dios así lo quiere. Pero has de quererlo también tú. No aguardes a un Dios «explicado». No te valdría para nada. Reducido a cálculo, a explicación, sin el eterno misterio de Su Divinidad, Dios sería tan pequeño, tan finito, tan humano como el hombre. Quedaría reducido a ese Juan Calzones a quienes los franceses llaman «le Bon Dieu». Un Dios sin voluntad ni atributos. Un Dios sin personalidad propia, juguete eterno y caprichoso en manos del hombre.

Dios es más que todo eso. Precisamente porque es misterio. Misterio que, si lo deseas, puede hallar una perfecta explicación en tu vida. Porque el Dios misterio de la Biblia es al propio tiempo un Dios personal, un Dios revelado. Continúa leyendo.

Capítulo II

La Revelación del misterio

Teófilo de Antioquía, que vivió en el siglo II de nuestra época y escribió varios libros en defensa de la fe cristiana, solía ilustrar la necesidad de la revelación diciendo que «los granos encerrados en una granada no pueden comunicar con los que se hallan fuera de la corteza».

Admitiendo la granada como figura de la tierra, el hombre, representado por los granos, jamás hubiera podido romper la corteza que le separaba del cielo para descubrir, aunque sólo en parte, el misterio de Dios.

Pero Dios pudo hacerlo. Y lo hizo. Dios quebró la corteza, rasgó los cielos y se reveló a los hombres desvelando el misterio de Su personalidad.

Pablo llama a esto «el misterio de la piedad». El gran misterio de la fe cristiana.

FUENTES DE LA REVELACIÓN

Dios se ha revelado al hombre. Le ha hablado. Le ha hecho partícipe de Su voluntad y le ha comunicado el camino de la salvación.

El conocimiento de esta Revelación nos llega a través de la Biblia, que es Palabra inspirada de Dios.

Emilio Castelar, el gran orador y político español, decía que «la Biblia es la Revelación más pura que de Dios existe».

Pero ¿cómo nos ha llegado la Biblia? ¿Qué garantías tenemos de su autenticidad? ¿Podemos creer en la inspiración divina de su contenido?

Es un hecho que la Biblia es hoy día el libro más leído en todo el mundo —está traducido a unos 1.600 idiomas y dialectos— y a la vez el más ignorado.

Contestaré a las preguntas anteriores ofreciendo una síntesis de la redacción y formación canónica de la Biblia.

Los primeros escritos del Antiguo Testamento

Los primeros escritos del Antiguo Testamento fueron redactados por Moisés, autor de los cinco primeros libros de la Biblia.

Éxodo 17:14: «Y Jehová dijo a Moisés: “Escribe esto para memoria en un libro”».

Éxodo 24:4: «Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová.»

Éxodo 24:7: «Y tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: “Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos”».

Escritos posteriores

A estos primeros escritos fueron añadiéndose otros, de otros autores, siempre bajo la inspiración divina. Zacarías, uno de los últimos profetas del Antiguo Testamento, dice:

Zacarías 7:12: «Y pusieron su corazón como diamante, para no oír la ley ni las palabras que Jehová de los ejércitos enviaba por su Espíritu, por medio de los profetas primeros; vino, por tanto, gran enojo de parte de Jehová de los ejércitos».

Los trabajos de Esdras

Hacia el siglo V a.C., los libros del Antiguo Testamento quedan redactados casi en su totalidad. Esdras, sacerdote, escriba y teólogo, tiene una participación destacada en la recapitulación de estos valiosos documentos. Juntamente con Nehemías, Esdras ocupa un importante período en la historia de Israel. Nehemías fue el restaurador civil; Esdras el reformador religioso preocupado con hacer cumplir la Ley de Jehová.

La primera traducción

Entre los siglos tercero y segundo antes de Cristo aparece la primera traducción completa del Antiguo Testamento. Se la conoce como «Versión de los setenta». Es una versión al griego realizada por setenta sabios —algunos dicen que setenta y dos— destinada a los judíos que por conocer mal el hebreo precisaban de una traducción.

Emociona profundamente saber que el Antiguo Testamento que ahora leemos se leía ya hace unos dos mil trescientos años.

Del Antiguo pasamos al Nuevo Testamento. Aun cuando se han realizado titánicos esfuerzos por parte de la crítica bíblica para de-mostrar lo contrario, los eruditos han llegado a la conclusión

de que el Nuevo Testamento, tal como lo tenemos hoy, se escribió en su totalidad dentro del primer siglo de nuestra era cristiana.

Los Evangelios

Los Evangelios nos interesan especialmente porque historian la vida de Jesucristo, el Verbo hecho carne.

Mateo, discípulo directo del Señor, escribió el Evangelio que lleva su nombre entre el 50 y el 55 de nuestra era.

Marcos fue discípulo de Pedro. Pero también conoció personalmente al Señor. Marcos escribió entre el 55 y el 62.

Lucas, un médico culto, compañero de Pablo en muchos de sus viajes, escribió el Evangelio que de él poseemos entre el 64 y 68 de nuestra era.

Juan fue el último en escribir. Discípulo muy amado del Señor, Juan terminó el cuarto Evangelio hacia el año 98, antes de finalizar el primer siglo.

Testigos oculares

Los autores de estos libros inspirados fueron hombres que conocieron directamente los hechos que relatan. Fueron testigos oculares de los acontecimientos o discípulos inmediatos de los testigos:

1ª Juan 1:1-3: «Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, esto os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo».

Además, todos ellos escribieron cuando aún vivía la generación que protagonizó aquel período histórico, de forma que toda falsificación de los hechos se hacía imposible.

La Vulgata

Hacia el año 400 de nuestra era aparece una versión completa de la Biblia, que incluye los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. La traducción, hecha directamente de los originales hebreos y griegos al latín, se debe a san Jerónimo, hombre de vasta cultura, quien para mejor realizar su labor se recluyó en un monasterio de Oriente.

Nuestra Biblia, que contiene la historia de la Revelación, no es de ayer ni de anteayer. Tiene muchos siglos de existencia.

Los manuscritos

Sabemos que el texto bíblico que hoy leemos corresponde a los originales, puesto que poseemos manuscritos –escritos a mano– de la antigüedad.

Los dos más importantes datan del siglo IV.

Uno es el llamado *Vaticanus*, que está en Roma, en la biblioteca del Vaticano.

El otro es el *Sinaiticus*, que fue hallado en un viejo monasterio del Monte Sinaí, llevado a Rusia y vendido por ésta a Inglaterra. Se encuentra expuesto en el Museo Británico de Londres.

Los papiros

Además de los manuscritos citados poseemos papiros de procedencia egipcia que se utilizaban para embalar las momias. Daniel Rops hace referencia a ellos en su libro *¿Qué es la Biblia?*

Poseemos papiros que contienen escritos de casi todas las epístolas de Pablo.

Y uno que reproduce el capítulo 3 del Evangelio de Juan y que data del año 130. ¡Tan sólo 30 años más antiguo que el original!

Los manuscritos del Mar Muerto

En 1947 se produjo un descubrimiento sensacional para la crítica bíblica. En unas cuevas del Mar Muerto fueron hallados, en grandes tinajas, manuscritos conteniendo importantes copias de libros del Antiguo Testamento, entre ellos Génesis, Éxodo, Deuteronomio e Isaías.

Dios se ha revelado al hombre. Las fuentes de la revelación se encuentran en la Biblia. Y la Biblia que hoy poseemos tiene para nosotros una garantía total y absoluta, tanto de historicidad como de inspiración.

EL PROCESO PROFÉTICO

San Pablo dice que el misterio de Dios «se ha mantenido oculto desde los tiempos eternos» (Romanos 16:25). «Misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas» (Efesios 3:9).

La revelación del misterio no fue esporádica. Tuvo un proceso que empezó en el mismo huerto del Edén y se hizo realidad en el pequeño y maloliente pesebre de Belén.

La primera promesa

La primera promesa sobre la Revelación del misterio divino se produce inmediatamente después de la caída en pecado de Adán y Eva. La simiente de la mujer, Cristo, heriría a la simiente de la serpiente, el Diabolo:

Génesis 3:15: «Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el calcañar».

La perplejidad de Salomón

Mil años antes de que se produzca la revelación del misterio, Salomón la intuye, y su sola posibilidad le deja perplejo.

Dice:

2º Crónicas 6:18: «¿Es verdad que Dios habitará con el hombre en la tierra? He aquí los cielos y los cielos de los cielos no te pueden contener».

El deseo de Isaías

Los años pasan. Los tiempos se hacen difíciles. El corazón del hombre se endurece. La indiferencia espiritual desanima a los hombres de Dios. Aún faltan setecientos años para la revelación total del misterio. Isaías lo desea ardientemente. Exclama:

Isaías 64:1: «¡Oh, si rompieras los cielos, y descendieras, y a tu presencia se escurriesen los montes!»

La visión de Hageo

Unos 520 años antes de aquella noche que según Unamuno fue nuestro día, en Belén, el profeta Hageo contempla la esplendorosa era mesiánica y vislumbra la gloria que llenaría la humildad del segundo templo:

Hageo 2:7: «Y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos».

La culminación de Malaquías

En fin, la última página del Antiguo Testamento se escribe unos 420 años antes de la encarnación del misterio en el vientre de la virgen María.

Los versículos finales profetizan sobre la aparición de Juan el Bautista, quien prepararía el camino al Señor. En este mismo capítulo, de sólo seis versículos, Cristo es comparado al sol de justicia:

Malaquías 4:2: «Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada».

El misterio revelado de Dios, Cristo, no es un invento del cristianismo. Es la culminación de un proceso divino elaborado para salvar al hombre de sus pecados, elevarlo por encima de su condición humana y capacitarlo para una vida superior en el más allá eterno.

Razón tenía Cristo al pedir a los judíos que escudriñaran las Escrituras, porque en ellas se encuentran los eslabones de esta cadena profética que va desde el paraíso al pesebre.

Juan 5:39: «Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí».

EL HECHO HISTÓRICO

Cuando el proceso profético llega a su final se produce el hecho histórico. ¡Estamos en presencia de un gran misterio: la revelación del misterio!

¡Tiembra el diablo! ¡Se conmueve el cosmos! ¡Se rompen los cielos! ¡Dios decide morar con el hombre en la tierra por un período de treinta y tres años!

En el reloj de Dios ha sonado la hora de la Revelación. Pablo lo sintetiza en un texto breve:

Gálatas 4:4: «Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley».

¿En qué consiste la revelación del misterio? Sigamos con la Biblia, que en ella tenemos luz segura y guía infalible.

En la humanización de Dios

Mateo 1:23: «He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: “Dios con nosotros”».

¡Dios se hace Niño! ¡El misterio no desaparece: aparece!

En la encarnación del Verbo

Juan 1:1 y 14: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios...

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad».

El que era Verbo eterno, uno con el Padre, igual al Padre, se hace carne con el hombre, igual al hombre.

En el descendimiento de Dios con fines redentores

Romanos 9:5: «De quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén».

Colosenses 2:9: «Porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad».

2ª Corintios 5:19: «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándose en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de reconciliación».

El último texto nos pone ante la plenitud del misterio de Dios; el Dios eterno tiende al hombre un puente de amistad en Cristo y le ofrece su mano conciliadora. ¿Qué más puede hacer Dios por el hombre?

Si Diógenes buscaba al hombre por las calles de Alejandría con una linterna encendida en pleno día, Dios sale al encuentro del hombre en sus noches de angustia con la luz de Cristo.

En la manifestación carnal de Dios

En un texto de profundo contenido doctrinal, Pablo presenta un completo resumen del misterio divino, que él llama «misterio de la piedad».

El Dios oculto hace su aparición entre los hombres y vuelve de nuevo a las alturas celestiales:

1ª Timoteo 3:16: «E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria».

La grandeza del misterio no está tanto en la divinidad de Cristo como en la humanidad de Dios. Admira, ciertamente, el hecho de que Cristo sea Dios; pero mayor admiración produce el

saber que Dios es Cristo, como dicen esos textos de Pablo. ¡Esta es la verdadera grandeza del misterio!

NECESIDAD DE LA REVELACIÓN

Muchas fueron las razones que hicieron necesaria la Revelación de Dios en Cristo. Valgan éstas como ejemplos:

Un conocimiento más perfecto de Dios

Antes de la revelación existían innumerables concepciones de la divinidad. La revelación zanjó definitivamente esta cuestión presentándonos a Dios como ser esencialmente espiritual.

Juan 4:24: «Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren».

Un conocimiento más perfecto de la voluntad de Dios

Después de la Revelación no hay excusas para seguir ignorando la voluntad de Dios. Voluntad que no se satisface con clamores de piedad, sino con obediencia.

Mateo 7:21: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos».

Un conocimiento más perfecto de las relaciones Dios-hombre

Las relaciones entre Dios y el hombre se desenvolvían entre tinieblas de imperfección. La Revelación vino a disipar totalmente estas tinieblas y a iluminar los espíritus.

Juan 3:27: «No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo».

Juan 12 :46-47: «Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas. Al que oye mis palabras, y no las guarda, Yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo».

Un conocimiento más perfecto del plan de la salvación

Tras la Revelación, el programa divino para la salvación del hombre aparece tan claro como las aguas de un riachuelo. No valen pretextos ni cabe alegar ignorancia.

Juan 3:16: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.»

Juan 10:7-11: «Volvió, pues, Jesús a decirles: “De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que antes de Mí vinieron, ladrones son y salteadores; pero no los oyeron las ovejas. Yo soy la puerta; el que por Mí, entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos. El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas”».

Un conocimiento más perfecto del más allá

Todas las especulaciones sobre el más allá terminaron con la Revelación. Cristo habló de dos lugares bien definidos en la eternidad.

Juan 5:28-29: «No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación».

Juan 14:1-3: «No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en Mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis».

Un desarrollo más lógico de nuestra personalidad espiritual

Tras la Revelación el desarrollo de nuestra personalidad espiritual deja de depender de la intuición o de la conciencia, y se condiciona a nuestra relación con Cristo:

Juan 15:1-5: «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en Mí, y Yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en Mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de Mí nada podéis hacer».

Antes de la Revelación se creía en la existencia de un Dios poderoso. Después de la Revelación se conoce con relativa amplitud a Dios y se le siente en nuestra experiencia vital.

EL DILEMA DEL HOMBRE

En un esfuerzo de Pilato por salvar la vida de Cristo pide al pueblo que elija entre Jesús o Barrabás. Cuando la multitud se pronuncia por Barrabás, Pilato pregunta: «¿Qué, pues, haré de Jesús llamado el Cristo?» (Mateo 27:22).

Aquella multitud, presionada por sus líderes religiosos, pidió la absolución de Barrabás y la muerte de Cristo.

Pero la pregunta de Pilato permanece en pie hasta nuestros días.

¿Qué hacer con Jesús que se llama el Cristo? ¿Qué actitud tomar ante su realidad histórica, ante sus pretensiones divinas, ante sus continuas demandas?

Sus afirmaciones de divinidad

Cristo tenía plena conciencia de ser Dios. Y así lo proclamaba.

Verle a Él era ver a Dios:

Juan 14:9: «Jesús le dijo: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a Mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre?”».

Era uno con el Padre:

Juan 10:30: «Yo y el Padre uno somos».

Sus palabras y sus obras eran de Dios:

Juan 14:10-11: «¿No crees que Yo soy en el Padre y el Padre en Mí? Las palabras que Yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en Mí, Él hace las obras. Creedme que Yo soy en el Padre, y el Padre en Mí; de otra manera, creedme por las mismas obras».

Creer en Dios era creer en Él:

Juan 14:1: «No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en Mí».

El dilema

El desafío de Cristo continúa vigente y exige una respuesta. Reclama un pronunciamiento. ¿Quién es Cristo, hoy día, para nosotros?

¿Un profeta? La misión del profeta es temporal. Termina cuando acaba la profecía.

¿Un hombre bueno? No existen hombres buenos. Todo hombre es pecador. Si fue un simple hombre no pudo ser bueno siempre.

¿Un superhombre? El superhombre real sólo tiene vida en la imaginación de algún que otro filósofo incrédulo. El hombre es capaz de superarse a los actos más heroicos y de rebajarse a los actos más mezquinos.

¿Un embaucador de multitudes? No le va este papel negativo a un hombre que aconseja poner la mejilla izquierda cuando golpean en la derecha y que se deja crucificar por amor al prójimo.

¿Un alucinado que se creía Dios? El alucinado no habla con la brillantez de Cristo. No pronuncia un sermón de tan altos valores morales y literarios como el sermón del monte.

¿Un loco de remate? Están sus obras. Sus señales. Sus milagros. Más de 40 milagros que registran los cuatro Evangelios.

¿Dios? Así le vieron los profetas.

Así le reconocieron los apóstoles.

Así lo escribieron los autores del Nuevo Testamento.

Así lo admitió El mismo.

Así lo llevan sintiendo veinte generaciones de cristianos, que han hallado en Su vida la paz de Dios y la salvación de Dios.

La historia se encuentra en el capítulo nueve de San Juan. Cristo cura a un hombre que había sido ciego desde su nacimiento. El ciego es llamado ante los dirigentes religiosos para que explicara cómo fue curado y qué pensaba de quien lo curó. Al decir que para él aquel hombre era de Dios, que era profeta, se indignan contra el que había sido ciego y lo expulsan de la sinagoga. Cristo se encuentra de nuevo con el hombre, ya con vista, y entre los dos se desarrolla el siguiente diálogo:

Juan 9:35-38: «¿Crees tú en el Hijo de Dios?» Respondió él y dijo: «¿Quién es, Señor, para que crea en Él?» Le dijo Jesús: «Pues le has visto, y el que habla contigo, Él es». Y él dijo: «Creo, Señor»; y le adoró».

Esta debe ser tu actitud: Venir a Cristo con tu ceguera espiritual. Pedirle que te ilumine. Y adorarle. Adorarlo mientras vives, todos los días de tu existencia terrena.

Capítulo III

El misterio encarnado

Aunque la Navidad no tuviera para nosotros otras huellas, sería bienvenida por la oportunidad que nos ofrece de pensar en la personalidad de Dios. De tan puro sabido, de tan darlo por hecho, el cristiano no hace de este tema materia de reflexión a lo largo del año. Y, sin embargo, el Dios bíblico se presenta a nosotros en la cercanía inmediata de la palabra, de la acción y del poder, nos da pruebas continuas de su fuerza y de su presencia; es un Dios enteramente personal. Un Dios que tras hablar en primera persona en la antigua alianza, se hace persona en la nueva dispensación con la intención fija de acercarse más al hombre.

El Dios de la Biblia, conviene gritarlo, no es idea en el tiempo; no es abstracción filosófica; no es bruma celeste; no es sentimiento forzado; no es mera necesidad humana. Dios, el Dios de la Biblia, el Dios que vive en el alma de todo cristiano, es un «Dios con nosotros». Un Dios personal. Tan persona como yo; tan mío como mi propio cuerpo; tan cerca de mí como el hombre que me roza en la cola del autobús; tan unido a mi vida como la respiración a mi alma.

Esta es la gran diferencia entre el Dios del Cristianismo y los dioses de las mitologías de ayer o de las religiones de hoy.

DIOSES Y CULTOS IMPERSONALES

Aunque nunca han faltado autores que se han expresado en sentido contrario, está fuera de toda duda que el sentimiento religioso hizo su aparición con el hombre. No se conoce época alguna en la historia de la humanidad de la que pueda afirmarse que el hombre vivió sin religión. Conocido es el argumento del filósofo e historiador griego Plutarco, quien, defendiendo contra Clotes la universalidad del sentimiento religioso, decía, en el primer siglo de nuestra era: «Si recorres toda la tierra te podrás encontrar con ciudades carentes de murallas, de bibliotecas, de

leyes, de edificios, de riquezas y de monedas, de liceos y de teatros; pero nadie vio jamás una agrupación humana sin templos y dioses a quienes pedir y ante quienes sacrificar».

Mucho más cerca de nosotros, dos lumbreras del pensamiento británico, escocés el uno e inglés el otro, se expresaron de forma idéntica a Plutarco. Livingstone, misionero y explorador, que figura entre los grandes bienhechores de la humanidad, dijo refiriéndose a los Hotentotes que habitan en el sur de África: «Por degradados que sean estos pueblos, no es preciso hablarles de la existencia de Dios o de la vida futura; éstas son verdades admitidas en todo el África.» Todos los fenómenos que no puede explicar el indígena por causas naturales se los atribuye a la Divinidad. Si les habláis de sus muertos, responden: «¡Han ido a Dios!» Y el célebre historiador Frank Byron (no se le confunda con John Byron, el poeta de la misma nacionalidad), afirmó: «No existe raza humana, por miserable que sea, desprovista de toda idea religiosa».

Con ser esto verdad, no se puede igualar ni confundir a los dioses de las antiguas religiones, todos ellos encuadrados en un absurdo monismo metafísico, con el Dios espiritual de la Biblia. La individualidad y personalidad del Dios bíblico, revelado en una persona humana, con naturaleza singular, plenamente comunicable, es exclusiva del Cristianismo. De aquí la superioridad del Dios cristiano sobre las demás concepciones de la divinidad.

Hasta Zoroastro, las antiguas religiones persas tenían tantos dioses como tribus. Los más destacados eran Atar, personificado en el fuego, y Mitra, dios guerrero, quien conducía por el espacio el carro solar. Cuando Zoroastro aparece en la escena religiosa del antiguo Irán el dios dominante es Auramazda, creador de santos inmortales y de otros dioses menores. Zoroastro reduce las divinidades persas a dos, Ormuzd y Ahrimán. De la lucha entre ambos Ormuzd sale triunfante, pero continúa siendo una divinidad impersonal.

Las civilizaciones asiria y babilónica, que tuvieron su asiento a orillas de los famosos ríos Éufrates y Tigris, hoy tierra de petróleo explotada por Irak, eran ricas en divinidades. Cada ciudad tenía su dios. Y la importancia de éste se medía por el número de habitantes que poseía la ciudad. Entre los más poderosos destacaban Anú, Ea, Enbil, Bel Marduk, Azur, etcétera. Estos dioses eran víctimas de las mismas pasiones que los hombres. Como ellos, comían, bebían, amaban, odiaban y contraían matrimonio.

El antiguo Egipto era un pueblo profundamente religioso. Su mitología es fascinante. La historia de sus religiones y divinidades resulta sumamente atractiva para el estudioso. Los templos, las pirámides, los sarcófagos, las momias, las escrituras halladas en estos lugares y su vieja literatura nos hablan de una civilización entregada a la adoración de sus dioses. Pero el número

de éstos es tan elevado, son tan distintos en origen, en carácter, en actuación, que es fácil perderse en la espesa selva de la mitología egipcia. Sus dioses más conocidos, Isis, Osiris y Horus, están a abismos de distancia del Dios único y personal que aparece en las páginas de la Biblia.

Para los primitivos habitantes del Japón, los dioses no eran sino seres superiores a los hombres, que vivían indistintamente en el cielo y en la tierra. Concebían el cielo –Ama– como una vasta región poblada de dioses, atravesada por un largo río, en cuyas orillas se reunían en consejo las divinidades. El culto de los Kamí se remonta a la cuna de la civilización japonesa. Luego surgieron otros dioses que fueron multiplicándose hasta formar las cinco parejas más importantes de las divinidades japonesas. El culto al emperador se pierde en la noche de la prehistoria. Fue Hiro-Hito quien terminó con esta forma de superstición al proclamar públicamente, acabada la Segunda Guerra Mundial, que ni era dios ni estaba emparentado con las divinidades. Pero en grandes regiones del Japón se continúa creyendo que sí, que el emperador proviene de familia de dioses.

Los chinos, por su parte, convertidos hoy en el pueblo más numeroso de la tierra, hacen su aparición en la historia hacia el año 3000 a.C. Y con ellos nacen sus dioses, grandes y pequeños, mayores y menores, que siempre han sido multitud. La infinidad de dioses en la antigua China se explica por su origen humano. Eran hombres escogidos por el pueblo que, al morir, los convertía en dioses.

Los dioses de las tres grandes religiones de la China actual, Budismo, Taoísmo y Confucianismo, son seres impersonales, mezcla de hombres sabios y de todopoderosas divinidades, más dados a las disquisiciones filosóficas que a la vida ultraterrena.

Igualmente son los dioses que florecen en la teología india. Los pueblos que formaron el Indostán, camino de Oriente a Occidente entre el Himalaya y el mar, hablan muchas lenguas distintas, forman razas diversas y adoran multitud de dioses. Los de primera fila, Brama, Deva, Indra, los pluralistas Maruta, etc., son, esencialmente, divinidades cósmicas, con escaso interés por el destino temporal y eterno de la persona humana. Toda la concepción religiosa de los Vedas, que alumbró las creencias indias, tiende hacia el panteísmo. El hombre, dividido en castas y en categorías, ocupa un lugar secundario en el concepto teísta de los Vedas.

Grecia ha sido tierra de dioses y no puede quedar al margen en este rápido estudio de las religiones antiguas. Los griegos, hasta donde se sabe, comenzaron su culto rindiendo adoración a las piedras, a los árboles y a los animales. Luego nacieron los dioses olímpicos, destacando entre todos Zeus, Hera, Atena, Apollon, Artemos, Hermes, etc. Eran dioses antropomorfos

creados por el genio del hombre a base de fantasía, leyenda y literatura. Su existencia se justificaba, en gran parte, por la necesidad de hallar una razón a los cambiantes fenómenos de la naturaleza, pero sin relación personal alguna con el hombre.

Entre la herencia que Grecia dejó a Roma figuraron sus dioses. Se ha dicho muchas veces que Roma venció a Grecia con las armas, pero fue vencida por los helenos en el plano de la cultura y de la religión. Zeus, el dios principal del Olimpo griego, se convirtió en el Júpiter de los romanos, llegando a ser la más importante divinidad en la religión latina de la época clásica. Era el mejor y más grande de los dioses. A medida que ganaban batallas y conquistaban ciudades, los romanos aumentaban el número de sus dioses, llegando a la divinización de varios emperadores. La introducción del Cristianismo supuso para Roma el conocimiento del Dios único, personal, Padre y amigo del hombre.

El año 313 de nuestra era se proclamó el famoso Edicto de Milán por el que Constantino el Grande declaraba el Cristianismo religión oficial del imperio romano. Exactamente 309 años más tarde, en el 622 d.C., Mahoma huye de la Meca y esta fuga (hégira) señala el principio del Islam, la más moderna de las llamadas religiones universales.

Hoy, trece siglos más tarde, el Islam cuenta con setecientos millones de adeptos y está haciendo extraordinarios progresos en los países del África negra. Basta con leer el Corán para observar la fuerte influencia bíblica –Antiguo y Nuevo Testamento– en la religión fundada por Mahoma. Pero el Dios del Islam, pese a su unicidad absoluta –el Corán rechaza la Trinidad– está muy lejos del Dios misericordioso del Cristianismo. En tanto que el Aláh de los mahometanos se impone por la fuerza de las armas y manda encender la guerra para conquistar imperios, el Cristo de los Evangelios muere en una cruz para hacer posible la redención del hombre y su consecuente integración en una sociedad de paz.

No obstante, la creciente penetración del Islam en los pueblos del África negra, y a pesar también de los esfuerzos evangelizadores del Cristianismo, este continente, con una población de trescientos millones largos de seres humanos y cincuenta países representados en las Naciones Unidas, continúa practicando, en número elevado, cultos antiguos, con ofrendas religiosas a las fuerzas de la naturaleza. El fetichismo, la idolatría más aberrante, la brujería, la magia negra y el antropomorfismo primitivo componen las creencias religiosas de una gran parte de los pueblos africanos.

En el extremo opuesto del mundo –el mundo que conocemos– se encuentran las islas oceánicas. Oceanía es, actualmente, un continente cristianizado (?) casi en su totalidad. Pero antes

de la introducción del Cristianismo sus habitantes rendían culto a una variedad de dioses tan complicados y heterogéneos como los mismos pueblos que lo forman. Existían dioses con forma humana –femenina y masculina–, como los grandes dioses de la Polinesia; los espíritus protectores de Nueva Guinea y otras divinidades fantásticas que adquirirían forma de animales, de todas las especies y tamaños.

Algo parecido puede decirse del continente americano. Cuando los descubridores españoles y portugueses llegaron a aquellas tierras, el totemismo era la práctica religiosa que más caracterizaba a los habitantes de la América del Norte, Central y del Sur. La efigie era, al mismo tiempo que emblema de la tribu o familia, el dios particular o nacional. Las leyendas religiosas de estos pueblos, sus mitos y sus prácticas variaban de acuerdo a la geografía y al ambiente.

Para los pieles-rojas del Norte no existía dios superior al Gran Espíritu, indefinido, abstracto y caprichoso. La religión maya, extendida principalmente en territorios de la América Central, estaba representada por Ah Puch, un dios materializado por medio de un esqueleto descarnado, siendo lo más sobresaliente el cráneo seco. En las tierras del Sur predominaban Bochina, dios colombiano; Umina, el dios ecuatoriano de la medicina; Inti, nombre peruano del Sol, representado en su forma humana por una cara circular rodeada de rayos y llamas, adorado en la antigua y poderosa civilización inca, y otros dioses no menos importantes que los señalados.

El concepto bondadoso de un Dios Padre, que constituye la esencia de la fe cristiana, no se da en las religiones y creencias revisadas. En ninguna de ellas se produce la identidad de un Dios único y personal, con un interés específico por el hombre en cuanto a individuo. La sobrenaturalidad de la revelación, que tiene como consecuencia la íntima proximidad de Dios, es cualidad esencial y única del Dios bíblico.

PERSONALIDAD DEL DIOS VIEJOTESTAMENTARIO

Contrariamente a lo que ocurre con los dioses de las distintas religiones y mitologías inventadas, deseadas o fabricadas por el hombre de todos los tiempos, el Dios del Viejo Testamento, que en la historia del Nuevo se hace humano sin dejar de ser divino, es un Dios individuo, persona. Si es cierto que la llave de la historia hay que buscarla en el hombre, por ser el sujeto primario, en quien y para quien se hace la historia, esa llave ha estado siempre en las manos del Dios Espíritu y Persona de la Biblia. Porque en la historia bíblica Dios crea al hombre y vive pendiente de su destino.

No es correcto afirmar, como pretenden algunos teólogos, que el Dios bíblico irrumpe en la historia de la humanidad en el momento de entablar diálogo amistoso con Moisés y confiarle la liberación del pueblo hebreo. En realidad, el Dios cuya encarnación y humanización solemos conmemorar en la Navidad se hace presente mucho antes de ese indudable crucial acontecimiento histórico.

El primer versículo de la Biblia, escueto en su contenido y de una trascendencia sin límites, nos pone ante la realidad de un Dios persona que existe desde el principio de los tiempos, cuando nada existía fuera de Él: «En el principio... Dios.»

En la primera parte de este capítulo he procedido al análisis de las más importantes divinidades que se adoran a lo largo y ancho de la tierra. Se trata de un bosquejo intencionadamente reducido, pero completo. Pues bien, ninguna religión de las muchas que existen en nuestro planeta; ninguna creencia, idea, filosofía o concepto religioso, civilizado o salvaje, moderno o antiguo, africano o asiático, americano o europeo, negro, blanco o amarillo pueden presentar una concepción del Génesis: «En el principio... Dios.»

El Dios del Antiguo Testamento no nace de una grotesca unión de divinidades femenina y masculina; no está emparentado con hombre ni con monstruos; no es fuerza ciega, ni poder oculto, ni espíritu benéfico o maléfico a la vez. Es un Dios, aun dentro del misterio, cuya aceptación no ofrece inconveniente a la razón más exigente.

En el principio de todo, cuando todavía no existía el tiempo, cuando nada tenía vida fuera de Dios, Dios era ya una realidad. Dios aparece en la escena de la Biblia como un Ser individual, preexistente, personal.

Como persona, Dios emprende inmediatamente su obra. El individuo Dios, el divino obrero, empieza el trabajo. Cuando la madre de los Macabeos ve que el más pequeño de sus hijos va a ser martirizado, lo anima con estas palabras: «Ruégote, hijo, que mires al cielo y a la tierra y entiendas que de la nada lo hizo todo Dios y todo el humano linaje ha venido de igual modo» (2º libro apócrifo de los Macabeos, capítulo 7, versículo 28).

En el primer versículo de la Biblia se sintetiza también la obra de la creación que a continuación se describe y cuyo relato ocupa todo el capítulo uno y los siete primeros versículos del capítulo dos. Un vacío total lo cubría todo. Y en seis días o grandes períodos de tiempo Dios lleva a cabo su obra creadora, culminando con la formación de la primera pareja humana.

El prominente bioquímico Duane Gisch, de San Diego, California, miembro de la Sociedad Investigadora de la Creación, que agrupa a cuatro mil científicos pertenecientes a siete especia-

lidades distintas de la ciencia, refiriéndose al relato bíblico de la creación, ha dicho: «La evidencia es tan contundente que a mí, como científico, me ha convencido de que Dios es el creador de la vida y del universo».

El Dios bíblico, único, preexistente, actúa como una persona. Piensa, proyecta, ejecuta. De la nada, sin materia existente, en virtud de su omnipotencia, con el solo poder de su palabra, Dios da vida a todo el universo; «las cosas visibles y las invisibles, como añade San Pablo (Colosenses 1:16), las criaturas espirituales y las corpóreas, las angélicas y las mundanas» (*Biblia de Montserrat*, comentario a Génesis 1).

Esta es, en mi concepto, la verdadera irrupción de Dios en la historia. Al Dios persona le interesa esencialmente la persona humana. Pero antes de darle vida crea para ella las condiciones necesarias para su desenvolvimiento y pervivencia.

A partir de aquí, Dios mantiene relaciones enteramente personales con el pueblo de la tierra. Con la primera pareja habla en tono familiar, y en su conversación se mezclan el dolor, el reproche y el amor. Se dirige a Caín condenando su crimen; manda a Noé que construya el arca y le da instrucciones precisas; ordena a Abraham que salga de su tierra camino de otra que Él le señalaría. Y establece con el jefe del pueblo hebreo una alianza que renovaría a sus hijos, Isaac y Jacob, dialoga con Moisés en la cumbre del Sinaí y le manda emprender la aventura del desierto camino de la tierra prometida.

Instalado en ella el pueblo hebreo, Dios continúa tratando personalmente con sus líderes: desde las alturas de su santidad habla con los jueces, con los reyes y con los profetas. Al pequeño Samuel le llama cuatro veces cuando el futuro profeta, todavía niño, dormitaba en el templo. Envía mensajes personales a Isaías, a Jeremías, a Ezequiel, a Daniel y a otros profetas del Antiguo Testamento. Su relación con el pueblo elegido es la de un padre con sus hijos: «Soy a Israel por Padre» (Jeremías 31:9), clama desde el cielo. Y el pueblo está seguro de esta relación filial: «Tú eres nuestro Padre... Tú, oh Jehová, eres nuestro Padre; nuestro Redentor perpetuo» (Isaías 63:16).

Esta relación de paternidad entre el Dios del Antiguo Testamento y cada una de sus criaturas constituye una muestra de su personalidad. Ningún otro pretendido dios ha mantenido jamás ni afirmado mantener tan estrecho contacto de amor con el hombre. El Dios único y verdadero de la Biblia está a abismos de distancia de las divinidades paganas, desvinculadas de la cotidiana realidad humana.

EL DIOS PERSONAL DEL NUEVO TESTAMENTO

El Dios personal del Antiguo Testamento decide una aproximación más cercana al hombre. No le basta con hablarle desde su trono de luz. Quiere andar con Él los caminos de la tierra, tocar su rostro, palpar literalmente sus miserias, escuchar sus lamentos, vivir en la carne sus alegrías, mirarle a los ojos y sentir su respiración en pleno cuerpo.

Así se produce la encarnación de Dios. Llega la Navidad, Natividad, Nacimiento. Dios nace niño. Encarna en el vientre de una muchacha virgen; el germen divino desarrolla durante tres meses el embrión de un cuerpo humano; a partir del cuarto mes de embarazo el feto adquiere forma y terminado el proceso biológico de nueve meses se rasga la matriz de la elegida y el Niño-Dios rompe en el primer llanto. ¡Dios se ha hecho hombre!

¡El que era Espíritu se ha encarnado! Se cumple lo profetizado por Isaías seiscientos años antes: «He aquí una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros» (Mateo 1:23).

Quien nace es un niño con cuerpo humano, semejante en todo a los demás niños, pero en su ser trae la esencia de la divinidad. Es Dios. Dios con nosotros. Cumplidos los treinta años, este Niño, convertido en hombre —en este caso hombre cansado y hambriento— le dirá a una mujer de Samaria que Él es el Mesías esperado, el Dios humanado. «Yo soy», confesó Cristo (Juan 4:26) a la mujer. «Yo soy», dice el Dios del Antiguo Testamento a Moisés (Éxodo 3:14). No son dos dioses, como en las mitologías paganas, sino uno solo y mismo Dios. El Dios eterno, preexistente y creador del Génesis capítulo uno es el mismo Dios que nace Niño en el pesebre de Belén. San Pablo nos lo explica así: «Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2ª Corintios 4:6).

La encarnación de Dios no se produce de forma inmediata. Es el resultado de un proceso profético que abarca milenios de historia. La primera indicación de la encarnación la tenemos en el capítulo tres del Génesis, cuando la humanidad se compone sólo de la primera pareja. Unos mil años antes del descendimiento de Dios a la tierra, el rey Salomón, divinamente inspirado, intuye el acontecimiento. Y le causa asombro. Dice: «Mas ¿es verdad que Dios habitará con el hombre en la tierra? He aquí, los cielos y los cielos de los cielos no te pueden contener» (2ª Crónicas 6:18).

Cuatrocientos años después de Salomón el profeta Isaías, agobiado, dolido, desanimado por la escasa recepción de su mensaje, desea que el hecho se produzca. Que los cielos se rompan

y Dios descienda a poner orden en esta tierra de locos. Así clama Isaías: «¡Oh, si rompieras los cielos y descendieras!» (Isaías 64:1).

Cuatro siglos antes del nacimiento de Dios en Belén, Malaquías, el último escritor del Antiguo Testamento, predice el júbilo del pueblo y los beneficios espirituales que reportaría a los creyentes el descendimiento de Dios a la tierra. Así escribe Malaquías: «Mas a vosotros, los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de Justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada» (Malaquías 4:2).

Cumplido el proceso profético llega el día feliz de la encarnación. El Dios de la Biblia tiene un profundo sentido histórico. No se mueve como las divinidades paganas, entre las brumas del ocaso. Para el Dios bíblico hay un antes, un después y un entretanto. Dios se hace carne cuando en su reloj eterno suena la hora de la redención. San Pablo lo entendió y lo escribió de este modo: «Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley» (Gálatas 4:4).

El tiempo a que alude Pablo es el tiempo de la historia; el tiempo del hombre; el tiempo del tiempo; el tiempo de Dios. Dios ensaya un nuevo acercamiento al hombre. Se pronuncia por una manera más directa de comunicación. Desde la eternidad de los tiempos ha hablado ya directamente, ya por medio de profetas, ya por otros medios diversos. Ahora quiere hacer más personal aún su mensaje. Decide hablar-nos por el Hijo: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas» (Hebreos 1:1-3).

¡Cuidado! El Hijo de Dios no es otro Dios distinto al Padre. Ni es tampoco un dios inferior o superior. Es el mismo Dios que se hace carne humana pero sin dejar de ser espíritu divino; se hace hombre sin perder su condición de Dios. El Hijo es, según el texto anterior, «el resplandor de su gloria y la misma imagen de su sustancia». El Dios del versículo 1 de la epístola a los Hebreos es el mismo Dios del primer versículo del Génesis. Es Dios revelado, comunicado, desvelado, conocido. Es el Dios preexistente y coexistente del primer capítulo de San Juan, que se hace carne en la carne del hombre. Así lo explica el evangelista: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios... Y aquel Verbo fue hecho carne

y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:1, 2 y 14).

El que era en el principio con Dios, el que era Dios, habitó entre nosotros. ¡He ahí el misterio! ¡Misterio profundo, insondable! El Dios personal del Antiguo Testamento se hace persona en el Nuevo para entrar en comunicación con las personas. Dios desciende a la tierra y permanece un tiempo con nosotros. Su vida aquí fue una continua relación con el elemento humano. Caminó entre apretadas filas de enfermos. Alimentó a las multitudes hambrientas. Levantó de su parálisis a los cojos. Dio vista a los ciegos. Curó a los leprosos. Sanó a los atormentados de espíritu. Recorrió las aldeas, penetró en los pueblos, anduvo en los caminos, navegó los mares y los lagos. Siempre en contacto con el hombre. Porque fue el hombre quien decidió la encarnación de Dios. Por él y para él Dios se hizo niño en el pesebre y mártir en la cruz.

EL MISTERIO DE LA PIEDAD

Pablo dice que la encarnación de Cristo es un misterio. El Misterio de la Piedad.

Siempre nos ha intrigado el significado del vocablo «piedad» en relación con el misterio que expone Pablo. Hemos leído varias y diferentes interpretaciones y hacemos nuestra una, muy satisfactoria, desde nuestro punto de vista, que viene a explicar la «piedad» como la culminación de un amor paternal, dado a conocer por medio de unas nuevas relaciones.

Esta interpretación satisface enteramente y además casa de una forma lógica con el plan divino de la redención. La Encarnación de Dios, que Pablo califica como un misterio de piedad, a saber, de amor inefable y eterno, no es otra cosa que el establecimiento de unas nuevas relaciones entre Dios y el hombre; la inauguración de un método distinto de comunicación entre el Todopoderoso Dios que vive y reina desde los cielos y el minúsculo ser humano que hace su morada temporal en la tierra.

La historia de la Biblia no tiene nada de complicada. En realidad, esta historia divina, contada por seres humanos, tiene lo que en literatura diríamos una idea central. Hay un objetivo fijo en sus páginas: la comunicación. La Biblia es la historia del continuo esfuerzo de Dios por ponerse en contacto con el hombre. Por hablarle, por aconsejarle, por guiarle y advertirle de sus peligros. Hay un pasaje que resume esta intención divina. El de Hebreos 1:1-2, que dice así: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo».

El esfuerzo de Dios por comunicarse con el hombre ha sido continuo. Los métodos han sido diferentes. Algunos de ellos, ya citados en el curso de este capítulo, los repetimos aquí: Dios habló de una manera más o menos directa a Adán en el huerto; habló también a Abraham cuando le ordenó salir de su tierra rumbo a la prometida; le habló a Moisés en el monte, junto a una zarza que ardía, y a Samuel, cuando era niño y vivía con el sacerdote Elí en el templo; a Pablo, desde el rayo.

En lo que se conoce como revelaciones proféticas en las páginas del Antiguo Testamento encontramos a Dios comunicándose más de una vez con sus mensajeros: le habla a Isaías, a Jeremías, a Ezequiel, a Daniel y a otros más.

Están también las llamadas teofanías, mediante las cuales se comunica con Abraham para anunciarle, primero, el nacimiento del hijo y, después, la destrucción de Sodoma. Por el mismo sistema habla con Agar, y con Lot, y con Gedeón, y con los padres de Sansón.

En sueños trata con Jacob, con José, con Nabucodonosor. Al pueblo judío le habla, asegurándole su protección, desde una nube especial y a través de una columna de fuego. A Elías le habla desde lo que hoy definiríamos como un ciclón; al rey Belsasar, por medio de una misteriosa escritura trazada con dedos de manos de hombre sobre lo encalado de una pared del palacio.

Existen otras dos grandes manifestaciones de Dios: la cósmica, en la que Dios da razón de sí mismo mediante el acto de la creación, y la histórica, con su irrupción en la vida del pueblo judío.

Quien escribió la epístola a los Hebreos dijo una gran verdad: Dios se manifestó en el pasado muchas veces y de muchas maneras, para concluir con la revelación directa en Cristo: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo» (Hebreos 1: 1-2). «Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley» (Gálatas 4:4).

José Samitier, el famoso futbolista catalán, de quien se dice que marcó nada menos que seiscientos goles en su larga vida deportiva, trata el tema de la encarnación como lo hubieran hecho Allan Kardec o cualquier otro espiritista convencido. «La figura de Cristo —dice Samitier— me inspira un gran respeto. Ahora bien, sabemos que fue la última encarnación de Dios, pero no si fue la única. Pudo haber otras, anteriores. Porque me resulta difícil concebir que transcurrieran tantos y tantos siglos antes de la venida de Cristo, sin que la humanidad tuviera el consuelo de gozar de una Presencia Superior. Es posible que otro u otros Mesías se hubieran ya encarnado

en épocas remotas, aunque por el aislamiento en que vivían entonces los pueblos, el hecho no hubiera trascendido, no hubiera llegado al conocimiento de todos» (respuesta a José M^a Girolla, en el libro *Cien españoles y Dios*).

La idea de otras encarnaciones mesiánicas anteriores a Cristo se encuentra en la literatura religiosa de la antigüedad oriental y el movimiento espiritista la tiene como segura. Y no sólo antes, sino incluso después de Cristo se dice que encarnaron otros Mesías. El Islam afirma que la última reencarnación mesiánica fue Mahoma. E insiste en que el propio Jesús habló de él, así como Isaías profetizó la gloria de Cristo. Quienes leemos y creemos la Biblia sabemos que esto no es así. Con todo, hay en el mundo unos setecientos millones de mahometanos que lo creen.

El argumento de Samitier, sin embargo, carece de base. Si «otro u otros Mesías» se hubieran encarnado en tiempos anteriores a Cristo, no habrían pasado desapercibidos, pese a los limitados medios de comunicación de aquellos tiempos. De otra forma, ¿qué sentido habrían tenido sus encarnaciones? Más aún: Cristo no vino al mundo de la carne en un palacio de la capital romana. El lugar de su nacimiento no pudo ser más escondido. Una aldea pequeña en las estribaciones de una colina y en la aldea una cueva casi ignorada. Con todo, el mundo de entonces fue lleno con su doctrina en el plazo de una sola generación. La razón de esta rápida comunicación del mensaje cristiano está en la convicción mesiánica de Jesús. Decía: «Yo, la luz, he venido al mundo para que todo aquel que cree en Mí, no permanezca en tinieblas» (Juan 12:46). Cualquier otro posible Mesías de haber sido enviado por Dios, habría saturado el mundo de sus palabras, aunque hubiera encarnado en el pico más elevado de la más apartada montaña.

Hay otro argumento que no tiene en cuenta Samitier: la propia declaración de Cristo. Cinco veces, en el Apocalipsis, Cristo afirma ser la primera y la última encarnación de Dios. «Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso» (1:8). «Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último» (1:11). «No temas, yo soy el primero y el último» (1:17). «El primero y el postrero» (2:8). «Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último» (22:13).

El Alfa es la primera y la Omega la última de las veinticuatro letras del alfabeto griego. Con esta imagen se expresa la causa primera y el fin último de todo cuanto existe. Cristo es el «principio y fin» de la creación, el «primero y último» en la historia de la encarnación. Nadie vino antes que Él ni después de Él. En el texto primero de Apocalipsis 1:8, la frase se aplica a Dios el Padre, mientras que en los cuatro pasajes restantes se refiere a Jesucristo, como un argumento más en favor de la identidad esencial existente entre Padre e Hijo, poseedores ambos de atributos idénticos.

Capítulo IV

El misterio discutido

Pablo, aquel judío de Tarso de quien dicen que era pequeño de estatura, pero cuya gigantéz espiritual y teológica son bien notorias en las páginas de sus escritos, lo dijo casi todo dentro del Cristianismo. Pablo se parece a Pedro en el ímpetu que demostraba, en ese lanzarse al mar de la polémica para discutirlo todo, y esclarecerlo todo. Se parece a su Maestro en el recorrer sin cansancio los caminos, anunciando buenas nuevas a hombres malos. Y se parece, también, a Juan, el águila profética del Nuevo Testamento, en lo de mirar hacia el futuro y predecir acontecimientos. Entre sus profecías figura la confusión doctrinal que ya amenazaba la fe de Cristo y que se extendía por todo el cuerpo de la Iglesia como un cáncer demoledor a través de los siglos. He aquí algunas de sus palabras: «Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comeción de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas» (2^a Timoteo 4:3-4).

Esta confusión doctrinal la califica Pablo de peligrosa: «También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos» (2^a Timoteo 3:1).

La ventolera teológica que hoy azota por todas partes a la religión de Cristo no se debe al tiempo en sí, sino al hombre que protagoniza el tiempo. Es decir, que no vale el atribuir a la casualidad la apostasía doctrinal que estamos padeciendo, sino a los hombres de carne, hueso y espíritu. Se podrá hablar cuanto se quiera de acontecimientos históricos y de condicionamientos sociales o psicológicos, pero el culpable es el hombre, que quiere enseñar cuando aún no ha empezado a aprender, que desea ser cabeza de león cuando ni para cola de león vale. Pablo, también en esto, es claro: «Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita» (2^a Timoteo 3:2-5). «... De las cuales cosas desviándose

algunos, se apartaron a vana palabrería, queriendo ser doctores de la ley, sin entender ni lo que hablan ni lo que afirman» (1ª Timoteo 1:6-7).

Ignoro si estamos viviendo en esos últimos tiempos de que habla Pablo. Confieso que cuanto más estudio la Biblia y el mundo que me rodea, más miedo me da comprometer a Dios con mis pobres cálculos humanos sobre el fin del mundo. Tampoco puedo afirmar ni firmar con juramento de conciencia que los actuales deformadores de la verdad cristiana sean los que Pablo describe en los textos citados, ni sé si la confusión doctrinal que hoy padecemos es la misma a la que se refiere el apóstol o nos aguarda otra situación más confusa todavía. Lo que sí sé, porque lo veo, lo palpo, lo vivo, es que la teología cristiana está hoy día en el mundo como un barco agujereado en medio del mar. Hace agua por todas partes. Agua que ya está haciendo naufragar la fe de muchos.

Esta situación se está produciendo, por igual, en todos los sectores del Cristianismo. Nadie se salva. Está siendo vivida en el seno de la Iglesia Católica, en los grupos principalmente anglicanos que denuncian ingenuamente la muerte de Dios y en algunas denominaciones protestantes.

CONFUSIÓN EN EL SENO DEL CATOLICISMO

La Iglesia Católica está hoy día como una bandera azotada por todos los temporales. Hecha jirones. Lo único que la mantiene unida es la jefatura vaticana, si bien al dogma de la infalibilidad papal le están lanzando dardos por todas partes, algunos de ellos procedentes de expertos lanceros, como es el caso, ahora mismo, del teólogo suizo-alemán Hans Küng con su libro *Infalible, ¿una pregunta?*, que ha levantado una enorme polvareda en todo el mundo católico por sus ataques al dogma de la infalibilidad.

El desastre doctrinal que se está produciendo dentro del catolicismo se hace visible en la larga serie de libros procedentes de autores católicos, cuyos alarmantes títulos son un reflejo de la grave crisis que se está viviendo. El sacerdote católico Louis Bouyer, autor de más de 30 obras, mundialmente conocido como destacada figura en el campo de la problemática católica, dice que la confusión reinante en el seno de su religión afecta incluso a los puntos más esenciales de la fe: «Me decía estos días uno de nuestros nuevos teólogos, la idea misma de salvación es un insulto al mundo en tanto que creación de Dios: el hombre de hoy no puede aceptarla. No se hable más de ello. Pero, ¿podrá esto bastar? ¿El hombre de hoy no considerará como un insulto todavía más intolerable la suposición o la insinuación de que es criatura de Dios? Dios ha muerto,

¿no lo sabéis?, ¿no leéis acaso las publicaciones católicas que están al día? Si Dios ha muerto, con mayor razón no se le podrá calificar de creador...

«Con otras palabras: servir al mundo no significa ya más que halagarlo, adularlo, como se adulaba ayer al cura en su parroquia, como se adulaba al obispo en su diócesis, como se hiperdulaba al Papa en la cátedra de San Pedro.»

Esta cita procede de uno de sus últimos libros, que lleva por título *La descomposición del Catolicismo*. En este libro, el teólogo católico insiste en afirmar que la situación doctrinal de la Iglesia Católica en la actualidad es aún peor que en las denominaciones protestantes. Añade: «No hace todavía mucho que los católicos ironizaban con arrogancia sobre la pulverización del protestantismo en sectas o en escuelas rivales y antagonistas. Le ha bastado con que se aflojase el corsé de hierro que los había tenido aprisionados desde la reforma y al que la represión del modernismo había apretado por última vez las clavijas, para llegar en un abrir y cerrar de ojos a una situación aún peor. Nadie cree ya, ni practica ya, sino lo que le viene en talante. Pero el último coadjutor o el último capellán de acción católica, exactamente como el más ignaro de los periodistas, se escandaliza cuando el papa (y no digamos los otros obispos) se permite tener un parecer distinto del suyo y juzga intolerable que otros sacerdotes u otros fieles puedan pensar diferentemente que él. Se quiere la libertad, pero cada uno para sí, y ante todo la libertad de no tener en cuenta el parecer de los otros».

Símbolo de esta descomposición doctrinal del catolicismo es el ya conocidísimo *Catecismo Holandés*, que ha sido traducido a los principales idiomas del mundo. Los comentarios y las críticas que se le han dedicado forman ya, recogidos en volúmenes, una regular biblioteca. En este *Catecismo*, que ha sido corregido por una comisión de expertos nombrados por el Vaticano, la jerarquía católica de Holanda da muestras de su profunda desviación doctrinal. Se nos ocurre pensar si quizá Pablo tendría en su mente a los redactores del *Catecismo Holandés* cuando escribía sobre los tiempos peligrosos para la fe. Aun cuando aquí no presentemos una lista completa de todos los errores doctrinales que contiene, destacaremos algunos puntos como muestras.

La Creación, un simple poema

Sobre el tema de la Creación, el *Catecismo* se aparta de toda la enseñanza bíblica y de la creencia tradicional del Cristianismo. En su parte segunda, punto B, dice: «La narración, por ejemplo, de la creación, con sus seis días, es un poema, cuyo fondo no es otro sino que todo procede de la mano de Dios. La forma es una invención maravillosa, pero no un informe. A ello aludió ya,

entre otros, santo Tomás de Aquino en el siglo XIII. Que la narración sobre Adán y Eva no debe ser tomada por relato histórico, es algo que sabemos de poco tiempo a esta parte. Trata, como ya hemos dicho, del hombre. Esto, desde luego, se sabía ya antes; pero, por faltar otras fuentes, se tomaban también los nombres y pormenores como verdad histórica. Lo mismo hay que decir de los capítulos 2-11 del Génesis».

El origen del hombre

En su descripción sobre el origen del hombre, los teólogos católicos holandeses reniegan de las enseñanzas de Moisés y se pasan a las filas de Darwin. Leámoslos: «Una línea muy notable se dibuja con creciente claridad: una especie animal que vive en bosques y llanos va ascendiendo, en lenta evolución, hasta nosotros.

«La vida, pues, que late en mí procede del animal. Esto extrañaba mucho a la gente en otro tiempo, y acaso no tanto porque la cosa parezca indigna, porque la Sagrada Escritura hace descender al hombre de algo muy inferior, a saber, del barro. La causa del choque fue más bien el contraste con el relato de la Escritura. Por aquellos tiempos se veía demasiado la Sagrada Escritura como un libro de historia natural y no como una narración, escrita para iluminar con la luz de Dios al mundo existente.»

El pecado original

Esta doctrina, tan clara en los primeros capítulos del Génesis y en los escritos del Nuevo Testamento, especialmente en San Pablo, se pone en duda en el ya famoso *Catecismo*. Sus autores no creen que el pecado original sea un pecado en el estricto sentido de la palabra. Al dudarlo, dudan también del origen de la muerte del cuerpo. Escriben: «En participar nuestra visión de la muerte se enlaza misteriosamente con el pecado. La Sagrada Escritura lo expresa algunas veces diciendo que por el pecado entró la muerte en el mundo. Pero como los orígenes no son claros para nosotros, tampoco lo es el origen de la muerte biológica».

El sacrificio de Cristo

Todavía más grave es la interpretación que los autores del *Catecismo Holandés* hacen del sacrificio de Cristo. Para ellos, la idea de dolor, de sufrimiento y de derramamiento de sangre en la historia de la Redención, es contraria al pensamiento del Padre. He aquí lo que dicen en el artículo sobre la redención: «En la Edad Media y durante mucho tiempo después (incluso hasta en

la predicación de nuestros días), se ha acentuado el aspecto de satisfacción: la muerte de Jesús fue un sacrificio de reparación. El Padre había sido ofendido, el orden legal perturbado; debía, pues, tener lugar un castigo. Este castigo se cumplió en el Hijo. Así el orden quedaba de nuevo restablecido.

«Tal concepción parte de una idea estrecha de justicia, que no es totalmente la que hoy día poseemos. Era idea medieval que el delito o el pecado vienen a perturbar un orden legal que el castigo y el dolor podían restablecer. También nosotros seguimos pensando así con harta frecuencia.»

«La interpretación de la Escritura se orienta también en este sentido. La redención de que Jesús es portador, la Escritura no la ve en primer lugar en los dolores que Él sufre a fin de restablecer un orden jurídico, sino en la disposición de servicio y en la bondad de su vida, satisfactoria por nosotros. El Padre no exigió dolor y muerte, sino una vida humana buena y bien vivida. Que acabara en tal muerte, fue debido a nosotros.»

La voz de Dios

La voz de Dios, literalmente oída por personajes de toda la Biblia, desde Adán hasta Pablo, se niega también en este libro doctrinalmente confuso de los católicos de Holanda, que ha tenido una gran aceptación en los principales países católicos. En la primera parte, donde hablan de la Sagrada Escritura, dicen: «De modo general, podemos decir que, como hemos visto, el género literario de Israel gusta de transformar experiencias internas en narraciones concretas. Un excelente ejemplo nos lo ofrece la vocación de Samuel.

«Un joven no sabe si está llamado o no. Medita sobre su vocación. Unas veces piensa que sí, otras que no. Durante la noche se atormenta cavilando. Lo consulta con otros. Un escritor moderno describiría todo este proceso con precisión psicológica. Pero Israel hizo de él la narración tan sublime como sencilla, que leemos en 1º Samuel 3. Si no se tiene en cuenta el género literario de Israel, se podría pensar que Dios habló literalmente, cuando leemos: “Dijo Dios...” (a Jeremías, a Moisés, a Abraham). Pero Dios no tiene por qué emitir sonidos humanos.»

No se crea que este rompimiento fatal de la teología católica afecta sólo a los cerebros que la hacen. La confusión ha calado en el pueblo y la gente no sabe ya qué creer ni en quién creer. El filósofo español José Luis Aranguren, tan preocupado por ocultar su primer apellido bajo la letra inicial del mismo, como por los problemas de la Iglesia Católica, dice en su reciente libro *La crisis del Catolicismo*: «A lo largo de la historia entera del catolicismo, sólo en las vísperas de la

Reforma se dieron unas circunstancias comparables a las actuales; con la diferencia, decisiva, de que hoy, ni por parte de los reformadores (como veremos) ni, es de esperar, por parte de los celeradores de la “continuidad”, parece que exista la voluntad, racionalistamente clarificadores, de un cisma, de una ruptura, de una condenación, de una expulsión.

»Esta sensación de confusión, de que todo cambia y nada está ya firme, ha calado desde las alturas teológicas hasta las masas católicas».

LA MUERTE DE DIOS

Existe todo un movimiento teológico en torno a la muerte de Dios. Lo que no está claro es si este movimiento canta la muerte de Dios, la denuncia, la profetiza o la quiere. Como se trata de una idea nueva, procedente de más viejas concepciones, son muchos los que la han abrazado con esperanzador entusiasmo. Pero no se ponen de acuerdo sobre el significado de esa muerte.

Algunos han dejado la muerte de Dios en simple agonía. Y esto ya es más razonable. Una agonía no en Dios mismo, no en su inmenso lecho celestial, sino en el corazón del hombre, en la conciencia humana.

Cuando ya terminaba la magnífica introducción de su *Vida de don Quijote y Sancho*, Unamuno presintió que más importante que formar escuadrón para rescatar el sepulcro de don Quijote, rescate por el que había abogado con su acostumbrada violencia literaria, era ir a rescatar el sepulcro de Dios. Y Unamuno decía verdad. Fanatizados de amor y de verdad desde los pies a la cabeza, hoy tenemos que lanzarnos a la empresa que pedía Unamuno: abrir el sepulcro de las conciencias, donde duerme Dios el sueño de los muertos, y volverle al lugar que por derecho le corresponde en la vida de los hombres. «Debíamos ir a buscar el sepulcro de Dios y rescatarlo de creyentes e incrédulos, de ateos y teístas, que lo ocupan, y esperar allí dando voces de suprema desesperación, derritiendo el corazón en lágrimas, a que Dios resucite y nos salve de la nada», pedía Unamuno.

Pero Dios no está muerto, sino que agoniza. La agonía de Dios se refleja en los periódicos, en las revistas, en las novelas y en los ensayos de todo género, en toda esa ingente cantidad de literatura que las prensas arrojan diariamente a la calle. Dios agoniza incluso en los púlpitos de ciertas iglesias que todavía conservan el nombre de Cristo, como una burla y una ofensa al Crucificado.

La noticia está en la calle. La agonía de Dios se viene prolongando desde hace mucho tiempo. Mucho antes de que las tinieblas racionalistas del dieciocho corrompieran no pocos espíritus religiosos con su slogan sobre la omnipotencia e independencia de la razón humana y antes incluso de que Spinoza diera a conocer su famoso credo: «Creo en el Dios que se revela en la armonía ordenada de la creación, no en un Dios que se ocupa de las obras y de los destinos de los hombres».

La agonía de Dios se debe a un proceso de desintegración gradual que ha necesitado siglos de existencia. Dios agoniza por falta de amor, víctima de la ingratitud de sus criaturas, que han reducido la inmensidad del Creador a cálculos, a ideas y a fórmulas. Qué día morirá definitivamente, es algo que aún se discute. Los encargados de su muerte no se ponen de acuerdo en esto.

En realidad la muerte de Dios se está proclamando desde la antigüedad del paraíso. Adán y Eva ya hubiesen dado algo por que Dios hubiera caído muerto de un ataque al corazón después de que sus ojos fueron abiertos, para evitarse así la vergüenza de la reprimenda y el castigo.

En la segunda mitad del pasado siglo, el filósofo alemán Federico Nietzsche proclamó también la muerte de Dios. Lo que tenía Nietzsche era un empacho de Dios, mal digerido, y para mejor hacer la digestión teológica decidió matarlo y poner al superhombre en su lugar; el superhombre que él creía ser. El padre y la madre de Nietzsche descendían de una familia de pastores luteranos. El mismo filósofo estuvo estudiando hasta los doce años para pastor luterano. Murió en un manicomio. Loco de no haber podido conseguir su propósito. De que, a pesar de su esfuerzo, Dios continuaba existiendo. André Gide dice de él: «Nietzsche estuvo celoso de Cristo. Celoso hasta la locura. Sólo dependía de Nietzsche redescubrirse bajo el sudario y resucitar a un Cristo verdadero, pero en vez de buscar la compañía de Aquel cuya enseñanza sobrepasaba la suya, Nietzsche creyó engrandecerse afrontándolo».

Modernamente, la muerte de Dios ha pasado a ocupar un importante lugar en la teología cristiana. Son ya muchos los nombres destacados que se asocian a este movimiento. Los cuatro más citados son: Robinson, Vahanian, Hamilton y Altizer.

John A. T. Robinson

Robinson, miembro de la Iglesia Anglicana, fue profesor en Cambridge hasta 1959, en que fue nombrado obispo anglicano de Woolwich, en Inglaterra. Muy conocido como apologeta, en 1963 publicó su famoso libro titulado *Honest to God*, que muy pronto fue traducido a los más importantes idiomas y consiguió levantar una polémica tan grande que asombró al mismo autor.

El pensamiento de Robinson gira en torno a la imposibilidad de admitir a Dios en las alturas celestiales, según el concepto tradicional. Leámosle en un pasaje que reproducimos sin comentarios: «La Biblia nos habla de un Dios “en lo alto”. Es indudable que su descripción de un universo de tres techos –“en lo alto, el cielo; en medio, la tierra; y debajo de la tierra, las aguas”– fue considerada antaño en su sentido más literal. Es asimismo indudable que, de haberlos instado a ello, los autores más artificiosos del Antiguo Testamento habrían sido los primeros en admitir que su lenguaje era meramente simbólico para representar y transmitir unas realidades espirituales.

»Llegará el día en que ya no podremos convencer a los hombres de la existencia de un Dios “afuera”, al que deben apelar para ordenar sus vidas, como hoy no podemos persuadirles de que se tomen en serio a los dioses del Olimpo. Si el Cristianismo ha de sobrevivir y ha de hacerse en condiciones de captar de nuevo al hombre “secular”, no hay tiempo que perder: hemos de separarlo de este esquema de pensamiento, de esta teología particular (de este *logos* con respecto al *theos*), y hemos de pensar denodadamente en lo que pondremos en su lugar».

Gabriel Vahanian

Vahanian, profesor en la Universidad católica de Siracusa, en Nueva York, es considerado entre los menos radicales del movimiento que se preocupa por la muerte de Dios. En 1960 apareció su discutido libro *The Death of God. The Culture of our post-Christian Era*. Para Vahanian, el Cristianismo histórico ha sucumbido, juntamente con su Fundador, y el pretendido renacimiento religioso de la postguerra es pura hipocresía. El hombre no se explica ya desde Dios, sino desde sí mismo. «En otras palabras, para el hombre actual, Dios ya no parece ni necesario ni innecesario.» Suyo es este pasaje: «El hombre moderno vive en un mundo de inmanencia. Si es presa de la ansiedad no es porque se sienta culpable ante un Dios justo. Ni porque no consiga explicar la justicia y el amor de Dios ante la obvia presencia del mal y de la injusticia. Dios ha dejado de ser responsable, puesto que ha muerto. Pero el hombre es responsable. No puede dejar de asumir plena responsabilidad por un mundo inmanente, en cuyos términos se conoce y comprende a sí mismo o trata de hacerlo».

William Hamilton

Hamilton está considerado como el teólogo más representativo del movimiento en torno a la muerte de Dios, y al mismo tiempo el más asequible, de menos complicación, el más fácil de entender. Sus escritos son grandemente apreciados dentro y fuera de su definido campo teológico.

Hamilton, que es protestante, ha escrito mucho sobre la muerte de Dios. La síntesis de su pensamiento está recogida en la obra *Radical Theology and the Death of God*, cuya primera edición apareció en 1960. El 13 de agosto de 1966 publicó un artículo sobre la muerte de Dios en la revista *Playboy*, que bien pronto se hizo célebre en todo el territorio de los Estados Unidos y más allá de sus fronteras. En este artículo, Hamilton, al explicar la muerte de Dios, decía: «Puede significar que en otro tiempo hubo un Dios a quien era apropiado, posible, e incluso necesario tributar adoración, alabanza y confianza, pero que ahora no existe un Dios semejante. Esta es la postura del teólogo de la muerte de Dios o radical. Es una postura atea pero con una diferencia. Si en otro tiempo hubo un Dios y ahora no lo hay, tiene que se posible indicar por qué se realizó este cambio, cuándo lo hizo y quién fue el responsable.

»Diré esto de otro modo. La muerte de Dios significa dos cosas íntimamente unidas: que hay que volver a describir y denominar algunas de las experiencias humanas a las que el hombre ha atribuido tradicionalmente el nombre de Dios, y que ya no son muestras algunas de estas experiencias.

»Al comienzo de este artículo, se propuso la cuestión de si la muerte de Dios podía ser un hecho negativo, formado por algo tan poco sustancial como la máquina ansiosa y vacía de la publicidad. Los teólogos radicales hemos encontrado, a mi juicio, que es algo más. Es un hecho real; es un hecho gozoso; es un hecho liberador, que remueve cuanto puede interponerse entre el hombre y el alivio del dolor, el hombre y el amor al prójimo».

Thomas J. J. Altizer

La teología de la muerte de Dios tiene en Altizer a su más destacado defensor. Laico, profesor de religión en la Emory University, de Atlanta, en el estado de Georgia, Altizer publicó en 1966 un ensayo con el paradójico título de *The Gospel of Christian Atheism*, que provocó una dura reacción en los círculos cristianos. «La tesis de este libro –escribe el autor en las primeras páginas del mismo– es que el cristiano y sólo el cristiano, puede hablar de Dios en nuestro tiempo; pero el mensaje que el cristiano está llamado a proclamar es el Evangelio, la buena y alegre nueva de la muerte de Dios.»

Al tratar de esta muerte, Altizer no sólo la proclama como hecho histórico, sino que la considera necesaria para una mejor comprensión del problema religioso. En otro pasaje del libro citado, dice: «Confesar la muerte de Dios es hablar de un suceso actual y real, un suceso que quizá no haya ocurrido en un momento determinado del tiempo o la historia pero que, a pesar de esta

restricción, es algo que ha sucedido en sentido cósmico e histórico. No puede derivarse confusión alguna de la suposición errónea de que esta confesión se refiera a un eclipse de Dios o a un alejamiento de Dios de la historia o la creación. Más bien, un lenguaje auténtico que hable de la muerte del mismo Dios. El cristiano radical proclama que Dios ha muerto en la actualidad, que esta muerte es un hecho histórico y cósmico y que, como tal, es un hecho definitivo e irrevocable, que no puede revocarse por un movimiento religioso o cósmico posterior».

OTROS CONCEPTOS TEOLÓGICOS

Robinson, Vahanian, Hamilton y Altizer son teólogos ampliamente reconocidos dentro de una forma de terminada de Cristianismo. Pero no son los únicos que están confundiendo con sus ideas las verdades cristianas y complicando el sencillo mensaje del Evangelio. Existen otros teólogos modernos que, sin ser tan radicales como los anteriores, también están contribuyendo a engordar la tormenta de calamidades doctrinales que descarga sobre el mensaje de Cristo. Aun cuando me sea imposible nombrar a todos, citaré una media docena de los más representativos. Entre éstos los hay más y menos ortodoxos, según sea la convicción cristiana de quienes los juzguen, pero todos ellos están contribuyendo con sus escritos a la desviación del mensaje cristiano.

Bonhoeffer

Quiero citar en primer lugar a Dietrich Bonhoeffer porque está considerado, por muchos, como el precursor del Cristianismo no religioso. Como hombre, la figura de Bonhoeffer alcanza cimas ideales. Se encontraba en los Estados Unidos cuando el clima político de Europa ya amenazaba desembocar en guerra, en 1939. Con todo, y no obstante su oposición al régimen de Hitler, volvió a Alemania. Murió trágicamente en un campo de concentración alemán en 1945. Sus famosas *Cartas desde la prisión* constituyen la síntesis de su pensamiento religioso: vivir el Evangelio es una profunda fraternidad humana, con fe en un Dios que trata igual al cristiano que al pagano.

Cox

Esta teoría del Evangelio secular tiene un claro exponente en Harvey Cox, el conocido autor de *La ciudad secular*, libro traducido a los principales idiomas y que en América alcanzó la cate-

goría de «bestseller». Cox es un joven teólogo protestante, profesor en la Universidad de Harvard, que no acepta la muerte de Dios, aun cuando se le quiera catalogar entre los exponentes de este pensamiento. Pero tampoco llega hasta el agotamiento el mensaje de la redención individual en Cristo. Lo que Cox pretende en su libro, que ha sido traducido incluso al chino y al coreano, es un proyecto histórico. Transformar las grandes ciudades seculares donde la gente vive al margen de lo religioso, pero mediante la predicación de un humanismo cristiano.

Van Buren

En esta misma línea de pensamiento está el teólogo americano, protestante también, Paul M. Van Buren. Van Buren, a quien se suele incluir con mucha frecuencia entre los teólogos de la muerte de Dios, está más cerca de Cox y de Bonhoeffer que de Hamilton y de Altizer. Su libro más conocido es *El significado secular del Evangelio*, donde propone una forma de Cristianismo enteramente secular, entregada a mejorar la vida del hombre sobre la tierra, sin el énfasis que el Cristianismo tradicional ha venido poniendo en los valores eternos del espíritu.

Barth, Bultmann, Cullmann, Tillich

En este repaso teológico es forzoso incluir los nombres de cuatro teólogos protestantes cuyas obras han tenido y siguen teniendo una gran influencia entre los estudiosos, contribuyendo a la formación de la llamada «Nueva Teología», que si bien está arrojando alguna luz sobre determinados aspectos de la fe cristiana, son más las tinieblas que acompañan sus exposiciones.

Son Karl Barth, Rudolf Bultmann, Oscar Cullman y Paul Tillich, todos ellos europeos.

Barth emprendió a principios de siglo una auténtica revolución teológica, gritando un rotundo «no» a muchos principios cristianos que no eran más que puros convencionalismos, creando la llamada teología dialéctica. Su comentario de la epístola a los Romanos es magistral. Bultmann y Tillich, este último emigrado a Estados Unidos, son los dos sucesores más importantes de Barth. Decir que Dios ha hablado no basta. Hay que lograr que la Palabra de Dios encuentre eco en el hombre.

Para ello hay que despojar esta Palabra de todo cuanto signifique misterio y ofrecerla desnuda de conceptos impenetrables. Expuesto así, el pensamiento de estos hombres, a quienes se une Cullman con su obra *Las primeras confesiones de la fe cristiana*, tiene un atractivo indudable. Pero no podemos olvidar que todo en el Cristianismo, desde la encarnación del Verbo hasta el descendimiento del Espíritu Santo, pasando por la vida, muerte, resurrección y ascensión

de Cristo, está envuelto en ese sagrado misterio que tan sólo los regenerados por Cristo pueden comprender.

El humanismo cristiano fue predicado por Barth, pero ni se puede olvidar ni tampoco negar que el dios de Bultmann, Cullman, Tillich y otros, tiene su encanto, de este siglo ha cegado el entendimiento del hombre para que su fe quede ahí, en un simple humanismo, sin esa proyección espiritual y eterna que le conduce al más allá.

Muchos conceptos expuestos por estos autores, algunos de ellos ya fallecidos, tienden a desaparecer y otros están olvidados. Pero ¿qué pasará en el futuro? ¿Hacia dónde nos conducirá esta nueva corriente de teología, negativa en muchos casos, rayando con lo ateo en otros?

«Señores, Dios ha muerto», declaró Sartre en Ginebra, recién terminada la última guerra mundial. ¿Muerto Dios? ¡Pobre Sartre! Muerto se encuentra él; pero Dios permanece tan vivo como el primer día de la creación.

Los proclamadores de la muerte de Dios se nos antojan tan infantiles como aquel árabe que subió a una azotea provisto de escopeta y empezó a disparar hacia las alturas. Quería matar al Dios de los cristianos. Cuenta la leyenda que Dios permitió una débil lluvia de sangre, y el árabe, saltando de gozo, gritaba desde su altura material que había conseguido su propósito; que había matado a Dios.

Ante estos y otros disparos de la moderna teología, que en realidad lo que pretende es librarse de la responsabilidad de Dios, el Eterno sonrío compasivo. Así lo dice el segundo Salmo:

«¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas. El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos» (Salmo 2:1-4).

Esta es la reacción de Dios. La nuestra, la de quienes todavía creemos que Dios vive y permanecemos fieles a Su vida, que es también la nuestra, la actitud a seguir está marcada por Judas el apóstol en este pasaje:

«Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos» (Judas 3).

Capítulo V

El misterio desplazado

Hace ya casi dos mil años que Pablo, cuya figura introdujo el capítulo anterior, escribió a los Corintios para decirles que el dios de aquel siglo tenía cegado el «entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del Evangelio de la gloria de Cristo» (2ª Corintios 4:4).

Pablo escribió el texto anterior hacia el año 57 de nuestra era, empezada la segunda mitad del primero de nuestros siglos cristianos.

El dios de referencia, que redacta con inicial minúscula, no es el Dios Trino; es el demonio. El demonio siempre ha trabajado para restar almas a Cristo. Unas veces cegando el entendimiento de los incrédulos y otras debilitando hasta el fallecimiento la fe de los crédulos. Es su oficio. Y cada cual cumple su destino como mejor puede.

Este demonio, conviene no perderlo de vista, nada tiene que ver con el de las litografías católicas, pintado con rabo de burro y cuerpo de macho cabrío, abominado desde la antigüedad por los poetas paganos y los sacerdotes egipcios. Si el demonio fuera eso podríamos vivir en paz. El verdadero demonio es un ser sobrenatural, también llamado diablo. Esa es una de sus grandes ventajas sobre nosotros: que no está sometido a carne y sangre, ni está condicionado por el tiempo, ni limitado a un espacio concreto. Su campo de acción es el mundo y su poder para arrastrarnos al mal es casi tan grande como el de Dios para encaminarnos al bien. Con la ventaja para el demonio de que el mal brilla en la temporalidad de la carne con atractivas luces multicolores en tanto que el bien nos parece anodino.

El demonio es uno, pero su enorme vientre lleva siglos pariendo pequeños diosillos infernales que estudian estrategias adecuadas a cada época y, diría más, a cada pueblo y hasta a cada individuo. En tiempos de Pablo, aquel mundo de doscientos millones de habitantes vio a Dios en carne de hombre y oyó de sus propios labios las alegres noticias de salvación. Se entiende que el demonio hiciera un esfuerzo especial para evitar una aceptación masiva de la verdad.

Logrando la ceguera de entendimiento –más negra que la ceguera física– amplió el campo humano de la incredulidad.

Un objetivo constante del demonio ha sido la muerte de Dios, al que considera gran enemigo; Adán y Eva se habrían alegrado si Dios hubiese caído fulminado por un rayo cuando les descubrió su pecado y su miedo. En el monte de la tentación, el demonio incitó audazmente, materialmente, a Dios para que se suicidara, echándose monte abajo. Y el demonio jamás ha renunciado a la muerte de Dios. Se la tiene sentenciada.

Dios está vivo. Pero también lo está el demonio. Con la misma vitalidad de Dios. Y sin cansancio. Con el tiempo adquiere nuevas fuerzas y remonta su vuelo como el águila, hacia las alturas, donde vive el que no consigue matar. Últimamente ha decidido una nueva estratagema, muy eficaz en época de guerra: divide y vencerás. Está suscitando a Dios competidores en el corazón del hombre. Aquel dios de los tiempos de Pablo, que cegaba el entendimiento de los incrédulos, se ha multiplicado ahora por cuatro y ha adquirido nombres en consonancia con la época. Los dioses del hombre moderno se llaman existencialismo, humanismo, secularismo y materialismo. Son nombres sonoros, musicales y atractivos. Pero cada nombre oculta un demonio que, en el fondo, persigue lo mismo que cuando Pablo vivía: cegar «el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del Evangelio de la gloria de Cristo».

EXISTENCIALISMO

Dos padres se le atribuyen al existencialismo moderno: Federico Nietzsche, el alemán que terminó recluido en un manicomio, y el danés Sören Kierkegaard, cuyo nombre significa «cementario». Siguen en Alemania Heidegger y Jasper; en Francia, Jean Paul Sartre, Camus y todos los cultivadores de la llamada literatura negra. En Italia se destacan Abbagnano, Paci, Mazzantini y otros. En Rusia inician el existencialismo Dostoievsky y Soloviev y alcanza sus representantes máximos en Berdiaeff y Chastoff. Los existencialistas norteamericanos e ingleses están representados por los escritores pertenecientes a la «bitter generation», verdadera generación de amargados entre quienes se encuentran Osborne, Beckett, Arthur Miller, Morris, Updike y otros muchos nombres, capitaneados, hasta cierto punto, por Hemmingway.

Uno de los españoles que han biografiado el existencialismo, Sabino Alonso-Fueyo, lo define como «la preocupación por la aventura del hombre en el mundo; la prioridad de la existencia sobre la esencia; el acceso a verdades fundamentales por caminos concretos y experimentales;

el sondeo en los fondos y abismos del espíritu humano... Exige del hombre comprometerse con la realidad toda; lo afirma en la pureza de su ser. Van surgiendo así, como categorías de la vida, la angustia y el naufragio, la amenaza y la desesperación, la nada, hasta quedar reducidas todas las formas de la actividad espiritual a la existencia».

El existencialismo es la gran contradicción de los tiempos modernos. Anula realidades como el pecado y la gracia, convierte a Dios en un enorme signo de interrogación, reduce nuestra existencia a los problemas de la vida finita porque, dice, más allá del mismo «yo» sólo existe «ese elemento irreductible, impensable, que es mi existir». Desaparecen todos los valores éticos y eternos del alma y nos quedamos solos frente a la nada, sumidos en esa hondonada oscura de tinieblas de que es imposible salir. Nos quita la fe genuina y gozosa en Dios y nos abandona ante el absurdo y la desesperación, como flores arrancadas de un camino polvoriento.

Un hombre se encontró un día un violín, metido en su estuche y abandonado en un montón de trastos arrinconados y viejos. Tomó el violín en sus manos y lo encontró en tan mal estado que creyó que lo mejor que podía hacer era darle un nuevo barniz. Y así lo hizo. Pero un día, examinándolo cuidadosamente, descubrió que tenía un sello con un nombre escrito y una fecha: «Antonious Stradivarius Faciebat. Anno 1713». Inmediatamente le escribió al director de un museo de arte dándole cuenta de su hallazgo y preguntándole cuál era el valor de su violín. Grande fue su desencanto cuando el director del museo le contestó de esta manera: «Usted posee un Stradivarius, pero ha perdido su valor al ser pintado, pues el barniz que le imprimió su fabricante es lo que más contribuye al tono musical que los ha hecho famosos. Su violín sólo sirve como pieza de adorno.»

Sin la música de Dios, el violín del existencialismo carece de sentido.

HUMANISMO

Como movimiento histórico, el humanismo se concreta en torno al siglo XV, precedido por autores del XIII y del XIV tales como Brunette Latini, Dante Alighieri, Francisco Petrarca, Juan Boccaccio y otros, según la acertada relación de Guillermo Fraile en su tercer tomo de *Historia de la Filosofía*.

Werner Jaeger dice, en su *Humanismo y Teología*, que los humanistas del siglo XV crearon su movimiento y expresaron su ideología en torno a dos palabras clásicas: La «humanitas», acuñada por los griegos y popularizada por Cicerón para resaltar los valores de la cultura, y la

«renascentia» o «renovatio», «término cristiano que originalmente significó algo así como un renacer espiritual».

Al mismo tiempo que Copérnico había descubierto que la Tierra no era el centro del Universo, los humanistas trasladaron al hombre los ejes todos de la vida moral. «Todas las cosas son para los hombres, pero los hombres son unos para otros.» «El hombre es un fin», solía decir Goethe. «Respetar la Humanidad en tu persona y en la de los demás, no como un medio, sino como un fin», era la fórmula de Kant.

«Como la ética humanista es falsa –comenta Werber– sus consecuencias tienen que ser malas. Y fueron malas. Por ella perdieron los hombres la conciencia de vivir en pecado. Y con la conciencia de vivir en pecado desapareció el freno espiritual que contenía sus malos impulsos. El hombre del Renacimiento ha perdido su freno espiritual porque no se siente pecador. Es el hombre de Shakespeare: Otelo, Macbeth, Falstaff, Romeo, Hamlet... Nada le detiene. Es una ley para sí mismo, para usar la frase feliz de San Pablo. Precisamente porque no cree más que en sí mismo, está a punto de cesar de ser hombre; no es sino un esclavo de sus propias pasiones.»

El humanismo estará en crisis entre tanto desconozca todo lo referente a la espiritualidad del hombre. Una antropología materialista que conciba al hombre en sus meras funciones naturales no es cristiana y, hasta cierto punto, tampoco es humana, porque la humanidad en el hombre no puede admitirse independientemente de su espiritualidad. El hombre es materia y espíritu, soplo de vida y barro hecho carne. Si prescindiera de la Gracia de Dios, el hombre queda reducido a esa triste y humillante condición de perdido que señala San Pablo en el capítulo tres de su epístola a los Romanos.

SECULARISMO

El existencialismo quiere que la vida del hombre se agarre a la tierra como la lapa a la roca del mar.

El humanismo pretende que el hombre sea el centro de sí mismo.

El secularismo, por su parte, quiere una ciudad y una sociedad sin Dios y sin reflejo alguno de religión.

¿Qué es secularización? El teólogo holandés C.A. Van Peursen dice que es la liberación del hombre, «primero del control religioso, y después del metafísico sobre su razón y su lenguaje».

Es la liberación del mundo de sus concepciones religiosas y cuasirreligiosas de sí mismo, el dispar de todas las visiones cerradas del mundo, la ruptura de todos los mitos sobrenaturales y símbolos sagrados. Representa lo que otro observador ha llamado la «desfatalización de la historia», el descubrimiento que ha hecho el hombre de que el mundo ha sido dejado en sus manos, de que ya no puede culpar al sino o a las fuerzas por lo que él hace con el mundo. La secularización viene cuando el hombre vuelve su atención de mundos más allá a este mundo y a este tiempo. Es lo que Dietrich Bonhoeffer llamó en 1944 «la mayoría de edad del hombre».

En realidad, el secularismo, como concepto, está contenido en los versículos 1 al 5 del Salmo 2:

«¿Por qué se amotinan las gentes,
y los pueblos piensan cosas vanas?
Se levantarán los reyes de la tierra,
y príncipes consultarán unidos
contra Jehová y contra su unguento,
diciendo:
Rompamos sus ligaduras,
y echemos de nosotros sus cuerdas.
El que mora en los cielos se reirá;
el Señor se burlará de ellos.
Luego hablará a ellos en su furor,
y los turbará con su ira».

El salmista presenta aquí a los poderes de la tierra confabulados para liberarse del dominio y de los designios de Dios. Creen sentir sobre ellos el yugo de Dios, las «cuerdas», las «ligaduras» del Todopoderoso y desean sacudirlas para sentirse libres en sus afanes de secularización.

Desde los cielos, Dios tiene misericordia del pueblo y se ríe de los planes pensados para destronarlo del corazón del hombre. En este Salmo 2 se encuentran las raíces del secularismo moderno. Dios molesta; su presencia se ha hecho antipática para el hombre del siglo veinte que quiere una sociedad totalmente secularizada, sin huellas de religiosidad, donde el nombre de Dios ni siquiera se pronuncie.

El fracaso, ahora como antes, es evidente. Sin Dios se para la Historia y la misma vida del hombre pierde su sentido.

MATERIALISMO

El cuarto y último de los grandes dioses de este siglo es el materialismo.

Concebido en su más pura literalidad puede decirse que el materialismo tuvo su origen en el Edén, cuando la primera pareja eligió la materialidad de la fruta y renunció a la espiritualidad de la comunión con Dios. Aquel acto, de una gran carga simbólica, marcó el principio de las actitudes materialistas. Siglos más tarde, hablando en primera persona, Dios llamaría necio al hombre de exclusivo afán materialista, que sólo pensaba en sus graneros, en sus campos, su comida, su bebida, su bienestar físico, con total descuido de su vivencia espiritual, como si en lugar de alma tuviera en el cuerpo una insaciable máquina devoradora de placeres.

Del Edén, pues, arranca el materialismo popular. Adán y Eva fueron los representantes del materialismo práctico, de ese «comamos y bebamos que mañana moriremos» y «más vale un pájaro en mano que cien volando»; es decir, más nos importa apurar los años de vida en la tierra que no sacrificarlos a la esperanza del cielo.

El movimiento materialista se encuentra repetido en todas las épocas del pensamiento humano. Ya en el siglo V antes de Jesucristo, Empédocles, el famoso científico, filósofo y místico griego, construyó una interpretación general de la Naturaleza, donde afirmaba que todo, incluso el alma humana, se halla formada de compuestos materiales.

Tres son los padres de las principales corrientes materialistas en la filosofía griega: Demócrito, Leucipo y Epicuro.

Demócrito y Leucipo fueron contemporáneos; ambos vivieron entre los siglos I y VI a.C. Epicuro, quien siguió las teorías de Demócrito, nació el año 341 y murió el 270 antes de Cristo.

Los conceptos materialistas de Demócrito y Leucipo fueron explicados y ampliados, precisamente, por Epicuro, el más criticado de los filósofos griegos. Su producción literaria fue extensísima. Se dice de él que escribió unos trescientos volúmenes. Atomista vocacional, su dependencia de Demócrito es evidente. Siguiendo a Demócrito, Epicuro sostuvo que el universo consta sólo de átomos. Afirmaba que el alma es una porción de materia compuesta de una feliz mezcla de átomos no diferentes a los que dan ser al cuerpo. Alma y cuerpo, según él, fueron engendrados simultáneamente, con lo que descarta la idea de inmortalidad. Al no tener el alma existencia antes ni independiente del cuerpo, tampoco subsiste tras la muerte del mismo.

No se puede historiar aquí la doctrina materialista, porque está repetida en todos los tiempos de la historia. Carlos Marx la refundió y la actualizó.

La doctrina del materialismo histórico formulada por Carlos Marx y expuesta en obras tales como *La Sagrada Familia*, *Miseria de la Filosofía*, *Crítica de la Economía Política*, *El capital*, etc., explica el curso de la historia mediante causas puramente económicas y políticas, afirmando que la estructura y la vida colectivas van determinadas por los factores políticos y económicos de las sociedades.

Para el materialismo, en palabras del alemán Spiller, llamado «el mayor filósofo naturalista de todos los tiempos»: «Dios es una sustancia material, infinita, increada e indestructible, esto es, el éter universal. Obra sin conciencia de sí mismo y sin fin premeditado.»

En la tesis doctoral, exaltando la superioridad del hombre frente a los dioses concebidos, según él, por su propia imaginación y necesidad, Marx dice que «las pruebas de la existencia de Dios no pasan de ser antologías carentes de sentido». En *La Sagrada Familia*, escrita en colaboración con Engels, continúa negando a Dios y elevando el materialismo a categoría suprema: «No sabemos nada de la existencia de Dios» –afirma– «porque la simple materialidad –continúa– es capaz de proporcionar el objeto de la percepción y del saber».

Hace algunos años se proyectó en España una película del director belga Thierry Zeno, titulada *Vase de Noces*. El argumento que copio literalmente de la nota facilitada a la prensa por el propio director, es el siguiente: «*Vase de Noces* es la historia de un agricultor geofísico que se encariña de manera especial con una cerda de la granja. La fertiliza y tiene hijos con ella: tres cerditos, a los que no puede soportar cuando gritan. Por lo tanto, mata a su prole. La cerda huye de la granja y se suicida. El hombre, desesperado, come sus propios excrementos, que había ido guardando en unas botellas, y se entierra junto a la cerda».

El crítico Marcel Mael Fartin escribía: «Este filme ardiente y púdico nos hace pensar que el destino de los cerdos no está quizá muy lejos de la condición humana».

A esto nos lleva el materialismo. A vivir y morir como los animales.

Estos cuatro dioses, existencialismo, humanismo, secularismo y materialismo, son como cuatro grandes pulpos que están estrangulando la vida espiritual de nuestra época. Son los terribles dioses que el hombre de hoy ha levantado en sus altares de humo. Con ellos quiere desplazar el Misterio.

Capítulo VI

El hombre ante el misterio

El misterio de Dios, «que había estado oculto desde los siglos y edades... ahora ha sido manifestado a sus santos... a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre» (Colosenses 1:26-28).

El desvelamiento del misterio divino consiste en la plena revelación de Dios en Cristo. Cristo es «el resplandor de la gloria» de Dios; «la imagen misma de su sustancia» (Hebreos 1:2).

Antes de Cristo, el conocimiento de Dios era relativo, parcial. Cristo es la revelación completa y última de Dios:

«Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo» (Hebreos 1:1-3).

La parte de Dios queda hecha. El hombre no se enfrenta ya con un Dios oculto, habitante del misterio, oscuro en la lejanía del cielo. Dios está ahora cercano. La Cruz lo pone a nuestro alcance. Dios nos habla, nos pregunta, nos responde, nos escucha.

El puente está tendido. O cruzamos por él y desembocamos en Dios o lo despreciamos, atravesamos el río de la eternidad a nado, confiando en nuestras fuerzas, en nuestra pericia, y nos hundimos.

A nosotros nos corresponde decidir. Y elegir. La alternativa de Dios es clara: el que en Él cree no es condenado. El que en Él no cree ya está condenado. La luz vino al mundo, está en el mundo, pero esta luz no fuerza, no ilumina en contra de nuestra voluntad.

Podemos accionar el interruptor e iluminar nuestras vidas o podemos dejarlo en posición fija y permanecer con el alma a oscuras.

Nuestra actitud ante la Revelación del misterio puede ser de indiferencia o de incredulidad. Caben otras actitudes, intermedias quizá, pero éstas son las dos que más suelen darse.

INDIFERENCIA

Una de las principales actitudes que caracterizan al hombre de hoy con respecto a Dios es la indiferencia.

La indiferencia religiosa está más extendida que la incredulidad radical. Y también son más los indiferentes que los que dudan.

Tolstoi tiene un cuento sobre un trotamundos que dormía donde le cogía la noche. A la mañana sacaba el pañuelo y de acuerdo a la dirección del viento así orientaba su caminar de aquel día.

El trotamundos tenía un motivo para esta discutible actitud: no esperaba nada de la vida, nada pensaba ofrecerle. Un día, a la vuelta de cualquier camino, el trotamundos encontraría un motivo de entusiasmo y cambiarla radicalmente de postura.

¿Por qué el hombre de hoy se muestra indiferente ante el misterio de Dios? ¿Por qué se encoge de hombros ante el problema de Cristo?

Apuntaré algunas causas.

Falta de enseñanza en la niñez

En julio de 1974 se publicó en Italia el resultado de una estadística sobre la indiferencia religiosa de los católicos italianos.

El 78 % de los que contestaron dijeron que jamás habían recibido enseñanza religiosa en sus hogares.

El promedio puede aplicarse a la casi totalidad de los países occidentales.

Puede que esto sea una causa para la indiferencia religiosa. Pero, desde luego, no es una razón.

El hombre que ha aprendido a pensar por sí mismo debe saber que la búsqueda de Dios es una cuestión personal:

«El alma que pecare, ésa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él» (Ezequiel 18: 20).

«De manera que cada uno de nosotros dará a Dios razón de sí» (Romanos 14:12).

La fe no se hereda ni se transmite. Al igual que el diamante, hay que hacerla objeto de una búsqueda personal, diligente, esforzada si es preciso.

Desengaño religioso

La Editorial Plaza y Janés, de Barcelona, publicó en 1972 un libro titulado *Dios para el hombre de hoy*, escrito por Jacques Duquesne y traducido del francés. El libro contiene una serie de entrevistas realizadas en Francia entre personas de ambos sexos y de todos los niveles sociales.

La opinión de un hombre en un centro minero: «Soy de París. En la escuela de los curas me apretaron las clavijas. Entonces comprendí que pueden volver a hacerlo. Todos estaban a favor de los patronos. Admito que ahora son mejores para con los obreros. Incluso son buenos. Pero, para mí, se acabó» (pp. 236-237).

La opinión de una azafata, de veintidós años: «Fui vendedora, durante tres años, en una librería religiosa. La frecuentación de hermanitas, curas o misioneros, a cual más despreciable, me asqueó. Sólo las novicias eran tratables. Los peores: los misioneros, hombres o mujeres. Me trataban como a una negrita. No hay otra palabra» (p. 239).

Opiniones semejantes podrían generalizarse. En Francia en España, en Estados Unidos y en todo ese mundo llamado cristiano.

Pero esta actitud, ¿no será la causa de una deformación religiosa que proviene de la niñez? Cuando se pone a un hombre como representante de Dios, los fallos de este representante se le atribuyen al representado.

Y esto es injusto. No podemos culpar a Dios de lo que aquí se haga en su nombre.

Hipocresía de los creyentes

Esta es una acusación que se hace a todas las religiones, a las congregaciones locales de todos los cultos.

«No voy a la iglesia porque los que van son unos hipócritas. No creen. Asisten para ser vistos, para charlar con los amigos o para lucir modelitos.»

Un asunto tan grave como es la seria preocupación por el problema de Dios, no podemos permitir que dependa de una actitud tan frívola, tan poco razonable.

En primer lugar, no debemos juzgar, porque el juicio sobre tema tan delicado como es la relación entre el hombre y Dios es cosa muy seria. Y grave. Cristo dijo:

«No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os volverán a medir. Y ¿por qué miras la mota que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu ojo? O ¿cómo dirás a tu

hermano: Espera, echaré de tu ojo la mota, y he aquí la viga en tu ojo? ¡Hipócrita! Echa primero la viga de tu ojo, y entonces mirarás en echar la mota del ojo de tu hermano» (Mateo 7:1-5).

En segundo lugar, nuestra salvación no depende de la sinceridad religiosa del prójimo, ni su hipocresía religiosa influirá en modo alguno en nuestra condenación.

Después de Su resurrección, Cristo pidió a Pedro que le siguiera. Pedro ve a Juan, que caminaba tras ellos:

«Así que Pedro vio a éste, dice a Jesús: “Señor, ¿y éste qué?” Jesús le dijo: “Si quiero que él quede hasta que Yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú”» (Juan 21:21-22).

Si hay hipócritas entre los creyentes, déjales. Sigue tú al Señor. La hipocresía de Judas no hizo que los demás discípulos cayeran en la indiferencia religiosa.

Exceso de creencias

La pregunta de Pilato a Jesucristo: «¿Qué es la verdad?», tiene una rabiosa actualidad.

Nunca el hombre ha estado tan confundido en materia religiosa como en los días actuales. En los últimos trescientos años la confusión se ha multiplicado hasta convertirse en escándalo.

El Cristianismo está dividido en cuatro grandes bloques, cuatro superestructuras religiosas: Catolicismo, Protestantismo, Anglicanismo y Ortodoxismo. Cada una de estas religiones están divididas y subdivididas en tantos grupos, que de tantos que son resulta imposible controlarlos estadísticamente a todos.

El hombre que quiere hallar la verdad de Cristo se siente realmente confundido. ¿Qué hacer? ¿Quién le dice la verdad? ¿Quién miente? ¿A quién hago caso?

En lugar de caer en el desaliento y en la indiferencia se impone una búsqueda sincera de la verdad. Cristo dijo:

«Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí» (Juan 5:39).

«Jesús le dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí»» (Juan 14:6).

«Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1ª Timoteo 2:5).

El Nuevo Testamento no habla de «iglesias», ni de «grupos», ni de «denominaciones», ni de «sectas», ni de «órdenes», ni de «institutos», sino de la Iglesia. La única que existe, encabezada por Cristo y formada por todos los cristianos. Es preciso buscar esa Iglesia y vivir y adorar a Dios en ella.

Tampoco habla el Nuevo Testamento de «doctrinas», sino de una sola doctrina, la que practicaba la Iglesia primitiva.

En vez de la indiferencia debe imponerse la búsqueda. Cristo dijo:

«Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?» (Mateo 7:7-11).

Desconfianza de la experiencia religiosa

En muchas personas, su indiferencia espiritual está motivada por la desconfianza que les merece la llamada experiencia íntima de los creyentes en sus relaciones con Dios.

Es cierto que de este tipo de experiencias se ha abusado mucho. Desde los iluminados del siglo XVIII, con sus pretendidas experiencias místicas, a los carismáticos actuales, que quieren avasallarnos con sus supuestos dones especiales y sus privilegiadas y personales relaciones con el Eterno, lo que viene a constituir un acaparamiento de Dios, los últimos siglos han sido de gran confusión en este campo.

Pero esto no debe llevarnos, en absoluto, a dudar de la experiencia personal de la conversión ni de la transformación moral y religiosa que esta conversión produce.

La conversión del apóstol Pablo fue un hecho real, de innegables consecuencias, de una gran trascendencia para la naciente Iglesia. Pues bien: al principio ni siquiera los apóstoles creían en su experiencia espiritual. Cuenta Lucas:

«Cuando llegó a Jerusalén, trataba de juntarse con los discípulos; pero todos le tenían miedo, no creyendo que fuese discípulo» (Hechos 9:26).

En lugar de caer en la indiferencia religiosa, estas experiencias íntimas de creyentes con Dios deben estimularnos a investigar la parte de verdad que pueda haber en ellas. Y desearla para nosotros.

Rechazo de todo compromiso

Entre las causas que motivan la indiferencia religiosa en el hombre de hoy ocupa un destacado lugar el rechazo de todo compromiso ideológico.

La sociedad de consumo ha mejorado la materialidad de los humanos, pero les ha atrofiado el cerebro, les ha paralizado ideológicamente.

Sólo los eternos románticos, los soñadores del espíritu, los que son incapaces de permanecer inclinados sobre el pesebre, adorando la filosofía estomacal del «comamos y bebamos que mañana moriremos», creen aún en el ideal y se entregan a él.

Pero yo pregunto:

¿Podemos vivir sin ideales?

El mulo sí que puede.

El toro sí que puede.

El borrego sí que puede.

Pero, ¿puede el hombre?

¿Puede ser el hombre un gusano eterno, siempre rastreando la tierra?

¿Puede andar el hombre por la vida como ese animal de donde sale el jamón, con la cabeza inclinada en todos los charcos?

¿Puede el hombre volar la tierra como lo hace el cuervo, preocupado sólo por la carroña?

- ¡El hombre es otra cosa!
- ¡El hombre está aquí para idealizarse!
- ¡El hombre está aquí para creer!
- ¡El hombre está aquí para comprometerse!

¿Y qué compromiso puede dar más satisfacciones que el compromiso con Cristo?

Creer en Cristo, efectivamente, es comprometerse. Es negarse a lo fácil, a lo cómodo y emprender lo difícil, lo exigente. Él lo dijo:

«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de Mí, la hallará» (Mateo 16:24-25).

Dar la vida por Cristo, que es lo más que podemos dar, supone ganarla para el cielo: ¿hay compromiso más bello?

La caballería de Loyola

Las causas de la indiferencia religiosa pueden ser muchas. Pero las razones, pocas.

No podemos desentendernos de los arduos problemas que nos plantea la vida. Mucho menos del problema de Dios.

La indiferencia espiritual puede ser una actitud suicida.

En el capítulo cuatro de su *Vida de Don Quijote y Sancho*, Miguel de Unamuno cuenta la siguiente historia:

«Esta aventura de los mercaderes trae a mi memoria aquella otra del caballero Íñigo de Loyola, que nos cuenta el P. Rivadeneira en el capítulo III del Libro I de su Vida, cuando yendo Ignacio camino de Monserrate “topó acaso con un moro de los que en aquel tiempo quedaban en España en los reinos de Valencia y Aragón” y “comenzaron a andar juntos, y a trabar plática y de una en otra vinieron a tratar de la virginidad y pureza de la gloriosísima Virgen Nuestra Señora”. Y tal se puso la cosa, que Íñigo, al separarse del moro, quedó “muy dudoso y perplejo en lo que había de hacer; porque no sabía si la fe que profesaba y la piedad cristiana le obligaba a darse prisa tras el moro, y alcanzarle y darle de puñaladas por el atrevimiento y osadía que había tenido de hablar tan desvergonzadamente en desacato de la bienaventurada siempre Virgen sin manilla”. Y al llegar a una encrucijada, se lo dejó a la cabalgadura, según el camino que tomase, o para buscar al moro y matarle a puñaladas o para no hacerle caso. Y Dios quiso iluminar a la cabalgadura, y “dejando el camino ancho y llano por do había ido el moro, se fue por el que era más a propósito para Ignacio”. Y ved cómo se debe la Compañía de Jesús a la inspiración de una caballería» (p. 37).

Ignacio de Loyola pudo haber matado al moro o el moro pudo haberle matado a él. El haber dejado la elección del camino a la inspiración de la caballería le salió bien, pero también le pudo haber salido mal.

Puede que un día tu indiferencia te conduzca a Dios; pero puede que te precipite en la condenación. La Biblia te conmina a que abandones la indiferencia espiritual y acudas a Dios.

Hazlo hoy. Ahora. Lee:

«A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia» (Deuteronomio 30:19).

«Así dijo Jehová: “Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma”. Mas dijeron: “No andaremos”» (Jeremías 6:16).

«Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan» (Mateo 7:13-14).

INCREDELIDAD

De los cuatro evangelistas, San Juan es quien con más precisión penetra en las causas de la incredulidad, que es una de las actitudes que el hombre adopta ante el Misterio. La otra es la indiferencia.

Juan es un Freud del espíritu, pero con su natural positivismo cristiano y anticipándose en dieciocho siglos al precursor del moderno psicoanálisis.

Para el apóstol Juan, el efecto de la incredulidad en el hombre tiene tres principales causas:

Primera causa: La voluntaria lejanía de Dios

«Respondió Jesús: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”» (Juan 3:5-6).

«El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios» (Juan 8:47).

«Pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho» (Juan 10:26).

Apartado voluntariamente de la verdad de Dios, con el entendimiento materializado hasta las raíces, el hombre es incapaz de entender el espiritualismo divino.

Segunda causa: temor al descubrimiento del pecado

«Y ésta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas» (Juan 3:19-20).

«No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a Mí me aborrece, porque Yo testifico de él, que sus obras son malas» (Juan 7:7).

Buero Vallejo, el gran dramaturgo español, tiene una obra de teatro que se titula *La llegada de los dioses*. Es la historia de un pintor famoso que tiene un hijo ciego, también pintor, pero mediocre. El ciego tiene posibilidad de ser curado, pero se resiste. La razón oculta del joven pintor es que prefiere vivir en la oscuridad total para no tener que ver los éxitos del padre.

Ahí está la clave. Los hombres rechazan la Luz de Dios porque aman demasiado el pecado y no quieren ser iluminados por quien es la Luz del mundo.

Tercera causa: la constante rebeldía del hombre

«Y no queréis venir a mí para que tengáis vida» (Juan 5:40).

Desde Adán hasta nuestros días el hombre ha sido un eterno rebelde. Se ha sublevado contra el Creador con todas las fuerzas de sus instintos. Tanto, que Dios se queja con acento lastimero desde las páginas del Antiguo Testamento, diciendo:

«Oíd, cielos, y escucha tú, tierra; porque habla Jehová: Crié hijos, y los engrandecí, y ellos se rebelaron contra Mí. El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento. ¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos, hijos depravados! Dejaron a Jehová, provocaron a ira al Santo de Israel, se volvieron atrás» (Isaías 1:24).

Estas son las tres causas principales que señala Juan como determinantes de la incredulidad del hombre. Pero Juan escribió hace casi dos mil años.

Ha llovido mucho desde entonces. Ha cambiado el hombre y han cambiado las circunstancias que rodean al hombre. A estas tres causas se pueden añadir hoy treinta más, trescientas tal vez, porque el mundo del siglo I no es el mundo del siglo XX.

Voy a continuar el análisis y hacer mención a otras seis causas que determinan la actitud de incredulidad que el hombre de hoy adopta ante el problema de Dios.

Suficiencia de la razón

El filósofo francés Hipólito Taire, que compuso su obra racionalista a partir de la segunda mitad del siglo pasado, dice en su libro *De la destinée humaine*:

«La razón aparece en mí como una luz... Lo que primero se presentó ante este espíritu de examen fue mi fe religiosa... Yo estimaba demasiado mi razón para creer en una autoridad distinta a la suya... »

El incrédulo estima que no necesita a Dios porque tiene suficiente con los dictados de la razón. Esta equivocada postura le sumerge más profundamente en el pozo de su incredulidad.

La razón, por sí sola, difícilmente llegará al encuentro de Dios. Pablo dice que es imposible. Que las cosas del espíritu –Dios, cielo, vida eterna, salvación, etc.– han de ser examinadas espiritualmente. La comprensión de estos misterios escapa al frío análisis de la razón. Se impone la regeneración espiritual.

Leamos al apóstol:

«Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles» (Romanos 1:22-23).

«Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente» (1ª Corintios 2:14).

De la misma opinión es el patriarca Job:

«¿Será preciso contarle cuando yo hablare? Por más que el hombre razone, quedará como abismado» (Job 37:20).

Privación del materialismo

No sé si escribo alguna inconsecuencia al decir que la primera representante del llamado materialismo histórico, siglos, muchos siglos antes de que viera la luz Carlos Marx, fue Eva, la primera mujer. Y después de Eva, Adán, el primer hombre.

La primera pareja cambió el espiritualismo del paraíso por la materialidad de la fruta. Como la alondra, entregó su plumaje de bellos colores a cambio de un puñado de gusanos. Y cuando quiso remontar el vuelo no pudo. No tenía alas. Quedó prisionera en el barro.

Hay un materialismo filosófico y hay un materialismo popular.

Ambas corrientes son viejas. Cinco siglos antes de nacer Cristo, el griego Empédocles construyó una interpretación materialista del mundo. Ya lo hemos explicado en otras páginas de este libro.

A partir del siglo XV, coincidiendo con la aparición del Renacimiento, la concepción materialista del Universo es objeto de nuevas interpretaciones.

En el curso del pasado siglo, Carlos Marx y sus amigos Engels y Feuerbach elaboraron una nueva teoría del materialismo. En síntesis, vienen a decirnos que el hombre ha de ser interpretado antropológicamente y no desde el plano de la teología. Es decir, que el hombre es carne y hueso, no alma y espíritu.

En su afán por liberar al hombre de Dios lo esclavizan a la tierra, al barro.

Federico Betex, científico cristiano autor de un estupendo libro titulado *La religión y las ciencias naturales*, dice que el materialismo niega a Dios y en cambio nos exige fe en su doctrina. Se pronuncia en contra del «Creo en Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra», y a cambio nos ofrece este otro credo: «Creo en la materia que ha creado todas las cosas».

Este tipo de materialismo no tiene hoy día tantos adeptos. No hace demasiados incrédulos. El hombre no quiere pensar. No tiene tiempo. Más peligroso es y más extendido está el otro materialismo, el popular, el que lo reduce todo a la filosofía del estómago, al comamos y bebamos que mañana moriremos.

En los Evangelios, este tipo de materialismo está representado por la parábola del rico necio, que dice así:

«Le dijo uno de la multitud: “Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia”. Mas Él le dijo: “Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o repartidor?” Y les dijo: “Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee”. También les refirió una parábola, diciendo: “La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro y no es rico para con Dios”» (Lucas 12:13-21).

Tensiones sociales

Las graves tensiones sociales de nuestra época constituyen una barrera en el camino del hombre a Dios.

Este siglo XX ha conocido dos guerras crueles.

La era atómica se introdujo con la masacre de centenares de miles de víctimas inocentes en el Japón.

La amenaza nuclear es un hecho constante que atemoriza a los más valientes.

La explosión de violencias en el mundo deprime y entristece los espíritus.

Las desigualdades sociales son una constante en todos los países.

La injusticia está a la orden del día.

La tiranía del poder se ejerce sin misericordia.

El mundo de la política está en crisis, no hay políticos honrados.

Los conflictos laborales se multiplican.

La institución matrimonial se derrumba.

Los jóvenes han roto los diques y viven desbordados.

Más que nunca el hombre del siglo veinte se ha convertido en un lobo para el hombre.

Todo esto deprime, angustia y aparta al hombre de Dios.

Pero vengamos a cuenta: ¿es razonable culpar a Dios por todas estas calamidades humanas?

¿No es más lógico señalar el origen del conflicto donde realmente está, en el corazón del hombre sin Dios?

Santiago es penetrante y certero en el análisis:

«¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites» (Santiago 4:1-3).

La solución a estas crisis no está en un cambio de circunstancias ni en una nueva sociedad. No es el mundo al que hay que cambiar, sino al hombre. Porque el hombre hace el mundo, entendido éste como contorno social. Hay que reblandecer al hombre, espiritualizarle, sustituirle el corazón de piedra y de odio por otro de carne y de amor. Como lo dice Ezequiel:

«Por tanto, Yo os juzgaré a cada uno según sus caminos, oh casa de Israel, dice Jehová el Señor. Convertíos, y apartaos de todas vuestras transgresiones, y no os será la iniquidad causa de ruina. Echad de vosotros todas vuestras transgresiones con que habéis pecado, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo» (Ezequiel 18:30-31).

El mal, el dolor, el sufrimiento

Antoine Vergote, profesor de Filosofía y Psicología en la Universidad de Lovaine, Bélgica, en un escrito titulado *Análisis psicológico del fenómeno del ateísmo*, dice: «Según nuestras encuestas, la existencia del mal y del sufrimiento constituye la razón más importante para las dudas acerca de la fe y para la rebelión contra Dios».

El dolor, indudablemente, existe. El mal, también. Y existen desde los tiempos eternos, desde el mismo paraíso.

Una ojeada al origen del mal, al principio del sufrimiento, nos convencerá inmediatamente de que fueron la causa de la desobediencia a la voluntad divina. Adán y Eva empezaron a sufrir cuando dejaron de obedecer.

Lo que ocurre es que cuando la desgracia llama a nuestra propia puerta, cuando el sufrimiento toca en carne propia, cuando el dolor ajeno nos deprime, inmediatamente buscamos un

culpable. Y la actitud más cómoda que encontramos es culpar a Dios. ¿Por qué? ¿Por qué culpar a Dios del fuego que el mismo hombre enciende en la tierra?

¿Por qué no queremos admitir que el origen de los males que padece el mundo está en el corazón del hombre?

Así lo dice el Señor:

«Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre» (Marcos 7:11-23).

A eso se responde que si Dios quisiera podría impedir el mal, podría evitar el sufrimiento de seres inocentes.

Dios podría hacerlo, indudablemente, pero entonces causaría otros males mayores. Atentaría contra nuestra dignidad de seres libres. Nos convertiríamos en autómatas de su voluntad. Nos moveríamos al impulso de unos hilos manejados desde arriba. Dejaríamos de ser libres. Y sufriríamos más, porque nos sentiríamos esclavizados a una voluntad superior.

Si los hombres nos dedicáramos a combatir el mal con el bien y si nos empeñáramos en llevar alegría donde existen tantos dolores, el mundo sería diferente.

- Acabarían las guerras.
- Desaparecería el hambre.
- Combatiríamos con más eficacia las enfermedades.
- La vida en la tierra sería mucho más llevadera.

Pero esto, ¿lo queremos? ¿Hacemos algo por lograrlo?

Suficiencia de felicidad terrena

Una causa más entre las muchas que contribuyen a la incredulidad es la convicción de que la felicidad del cielo no es necesaria. Que al hombre le basta con los placeres de la tierra.

Una encuesta realizada en Suecia a este respecto revela la superficialidad de los preguntados al tratar el tema. «No creemos en una dorada felicidad celestial –venían a decir los encuestados– porque la felicidad y el placer de vivir lo hemos encontrado en esta tierra.»

Si esto fuera verdad, Suecia no sería el país con mayor porcentaje de suicidios en el mundo, a pesar de ser también el de mayor nivel económico.

Si esto fuera así, no serían las familias más ricas del mundo las más desdichadas, como son los casos de los Onassis, los Kennedy, los Rotschild, los Guetty y otros más.

Si esto fuera así, no habría tanta amargura ni tanto suicidio entre la gente de Hollywood, con sus continuos reclamos de felicidad.

El escritor francés Jean Rostand dice en *Ce que je crois*: «Que la insatisfacción del espíritu sea nuestra constante, que tengamos que resignarnos a vivir y a morir en la angustia y en la oscuridad, ésta es una de mis certidumbres.»

Las citas podrían multiplicarse. La literatura occidental –y en particular de los dos últimos siglos– abunda en confesiones de este género.

El hombre no ha alcanzado la felicidad en la tierra. No puede alcanzarla. El hombre no es feliz sin Dios. No puede serlo. Por mucho que busque y aunque se sumerja hasta lo más profundo en los pozos del placer, siempre queda en él la insatisfacción. La eterna y desoladora insatisfacción. Y ello no es de extrañar. Cristo lo anunció hace ya dos mil años. La verdadera felicidad, la que riega de placer el cuerpo y el alma, no se puede encontrar en la tierra. Su origen, como su destino, es el cielo, Dios.

«Respondió Jesús y le dijo: “Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que Yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que Yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna”» (Juan 4:13-14).

«En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: “Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba. El que cree en Mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”» (Juan 7:37-38).

Negación total de Dios

En fin, una última causa de la actitud negativa del hombre ante la revelación del misterio es la negación total de Dios.

En el libro encuesta de José María Gironella *Cien españoles y Dios*, compuesto para conocer la actitud religiosa de los españoles, de cien encuestados, una docena escasa se manifiesta totalmente atea. La opinión de estos ateos puede resumirse en una frase del escritor Carlos Rojas: «No creo en el Dios de ningún dogma.»

No hay por qué insistir con datos ni citas. El ateísmo teórico está hoy día universalmente representado y más ampliamente aún el ateísmo práctico.

Los ateos de los siglos XVIII y XIX llevaban sus creencias con mayor seriedad. Su ateísmo era, generalmente, el resultado de un estudio sobre la posibilidad o improcedencia de la fe.

El ateo de hoy no es científico. Es práctico. No niega a Dios con los argumentos de la ciencia ni de la razón, ni siquiera se molesta en las comparaciones intelectuales. En tanto, simplemente, vive como si Dios no existiera.

Pero ¿se puede vivir así? ¿Tiene sentido la vida sin Dios? ¡El mundo se nos convierte en un profundo vacío!

El escritor Jean Paul Richter, a quien cita el norteamericano J. Wallace Hamilton en su libro *Who goes there?* manifiesta:

«He atravesado el mundo. Me he elevado hasta los soles. He rebuscado incluso en los más alejados y desérticos lugares del espacio. ¡No hay Dios! He oteado más allá de los cielos y he preguntado: “¿Dónde estás?” Y no ha venido a mí respuesta alguna. Somos huérfanos. Tú y yo. Todas las almas de esta enorme trinchera de cadáveres del universo se hallan solas».

Sin Dios, el mundo es un vacío desolador, el hombre se halla irremisiblemente perdido, condenado a desaparecer definitivamente en las entrañas de la tierra y la vida es como una sala de espera en una estación a la que jamás llega tren alguno.

¡Es desesperante!

Una de las obras más conocidas del autor teatral irlandés Samuel Beckett es *Esperando a Godot*. Dos personajes de esta obra ocupan el escenario en un silencio que pone a prueba los nervios de los espectadores. Aguardan la llegada de otro personaje, Godot. La vida de estos hombres depende de Godot. Si éste aparece, se salvan. Si Godot no acude a la cita, sus vidas se hundirán en el vacío. Si Dios no existiese el único recurso que le queda a la humanidad es un suicidio colectivo, como proponía Camus, porque entonces nada merece la pena.

Dios se ha revelado al hombre. Ha roto el silencio de los siglos y el misterio se ha hecho carne.

Ahora corresponde al hombre decidir entre la indiferencia religiosa, la incredulidad o la fe. Sólo la fe puede quebrantar todas las indecisiones y romper todos los prejuicios.

En el capítulo 13 de Lucas se nos cuenta la siguiente historia:

«Enseñaba Jesús en una sinagoga en el día de reposo; y había allí una mujer que desde hacia dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar. Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: “Mujer, eres libre de tu enfermedad”. Y puso las manos sobre ella; y ella se enderezó luego, y glorificaba a Dios. Pero el prin-

cipal de la sinagoga, enojado de que Jesús hubiese sanado en el día de reposo, dijo a la gente: “Seis días hay en que se debe trabajar; en éstos, pues, venid y sed sanados, y no en día de reposo”. Entonces el Señor le respondió y dijo: “Hipócrita, cada uno de vosotros ¿no desata en el día de reposo su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber? Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en el día de reposo?” Al decir Él estas cosas, se avergonzaron todos sus adversarios; pero todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas hechas por Él» (Lucas 13:10-17).

Según Cristo, esta mujer llevaba dieciocho años atada. Sus cadenas eran de enfermedad.

Pero Cristo rompe todas las cadenas.

- Hay cadenas de duda.
- Hay cadenas de indiferencia.
- Hay cadenas de incredulidad.
- Hay cadenas de prejuicios.
- Hay cadenas de ignorancia.
- Hay cadenas de orgullo.
- Hay cadenas de soberbia.
- Hay cadenas de miedo.

Todas estas cadenas se deshacen en el alma cuando el hombre encuentra a Dios en Cristo. Cuando deja su actitud de indiferencia y de incredulidad ante el misterio revelado de Dios y acude a Él como un niño, tal como escribió André Gide en 1916, antes de serle inundado el corazón por el ateísmo:

«Señor, vengo a vos como un niño; como el niño que queréis que vuelva a ser, como el niño que vuelve a ser aquel que se abandona a vos. Depongo todo lo que constituía mi orgullo, que, ante vos, sería mi vergüenza. Escucho, y os someto mi corazón».

Capítulo VII

Un acercamiento al misterio

En este último capítulo se intenta un acercamiento al misterio de Dios, al problema de Dios. Los argumentos racionales y bíblicos que aquí se emplean son conocidos. Pero si han sido útiles en el curso de los siglos pasados, pueden continuar arrojando luz en estos días de tinieblas religiosas.

Unamuno decía que en el tema de Dios lo viejo siempre es nuevo. Lo es para quien no ha podido o no ha querido interesarse por estas cuestiones y lo es también para quien, al tanto de las mismas, no ha dado aún las respuestas que su trascendencia exige.

DIOS, PROBLEMA ETERNO DEL ATEÍSMO

Dios ha sido un problema constante para aquellos que lo han negado.

La razón más simple nos dice que si no existiera Dios no habría ateos. No puede negarse ni combatirse lo que no existe.

De tal forma que el ateísmo, en lugar de ser la negación de Dios, es el monumento más grande a su existencia.

En su diario íntimo, Miguel de Unamuno se sincera diciendo: «... Al rezar, reconocía con el corazón a mi Dios que con mi razón negaba...» Estas mismas dimensiones, intelectual y emocional, experimentan aquellas personas que adoptan una postura negativa con respecto a Dios. El ateo piensa en su mente que Dios no existe. Más tarde, cuando este pensamiento se convierte en una creencia firme, le inunda el corazón, y al igual que Rensi, puede exclamar: «... Sólo el ateísmo es puro y pío, sólo el ateísmo es la religión verdadera...»

«El Tío Moro» de Arniches

Son grandes las contradicciones en que se dejan caer los ateos, aun los más cultos e inteligentes. Estas contradicciones están quizás ilustradas por anécdotas como la que sucede en uno

de los divertidos sainetes de Carlos Arniches, *Las Aparecidas*, en el que el hombre fuerte y valiente del pueblo, el «Tío Moro», parte de noche a la búsqueda del ánima aparecida junto a la era de Perico, el tonto del lugar. «Con su permiso, señor alcalde –dice el «Tío Moro»–, yo me encargo de romperle el alma al ánima. No tengo miedo de esas cosas porque yo no creo en el infierno ni en el purgatorio ni en nada, ya que, *gracias a Dios, soy ateo.*» Y sale el «Tío Moro» tras el ánima, con un rosario escondido entre las manos.

Las confesiones de Nietzsche

Friederick Nietzsche, columna vertebral del ateísmo contemporáneo, vivió su existencia en forma de terrible aventura intelectual que le arrastró a lo que él mismo vino a definir como un «suicidio espiritual». Después de haber atacado la idea de Dios desde todos los ángulos que tenía a su alcance, terminó sus días el incrédulo alemán escribiendo estas líneas –referidas a sí mismo– repletas de un patetismo estremecedor:

«Nunca volverás a orar, nunca volverás a adorar, no volverás a descansar en una confianza sin límites; te niegas a detenerte y abandonar tus pensamientos ante una última sabiduría, un último poder, una bondad última; ya no tienes un vigilante ni un amigo duradero para tus siete soledades; vives sin perspectiva hacia una montaña que tenga nieve en sus cimas y fuego en sus entrañas; no hay para ti un remunerador, un rectificador definitivo; ya no existe razón alguna en todo cuanto ocurre, no hay amor en todo cuanto personalmente te afecta; en tu corazón no se abre perspectiva alguna de tranquilidad, en el corazón donde hay que hallarla sin necesidad de buscarla; fe defiendes contra cualquier especie de paz definitiva; prefieres el retorno eterno de guerra y paz: *hombre de contradicción*, ¿quieres renunciar a todo? Aún no ha existido nadie con *energías* para ello».

No. Todavía no ha existido nadie capaz de borrar a Dios de la mente de los hombres, de extirparlo de sus corazones o de apartarlo de su destino eterno. El mismo filósofo del que venimos hablando tuvo que confesar cuántos sufrimientos le proporcionaban sus íntimas contradicciones respecto al problema religioso. Por ello, en cierta ocasión aconsejó con vehemencia a una amiga a quien amaba que no abandonase la idea de Dios. Profundamente conmovido, añadió:

«Yo la he abandonado, quiero creer en algo nuevo, no puedo ni quiero dar un paso atrás. Iré a pique a causa de mis pasiones, que me hacen andar a la deriva. Voy desmoronándome poco a poco, pero ya nada me importa».

Este es el triste final de la travesía del ateísmo. El hombre llamado ateo se ahoga en un mar de contradicciones, ha hundido su propia nave espiritual y no le resta ni un simple madero al que poder aferrar-se para salvar su alma. Entre otras razones, porque no cree en esa salvación.

El razonamiento de Marx

Carlos Marx, otro importante ateo que ha conseguido arrastrar a generaciones enteras hacia el abismo de la negación de Dios, no ha podido evitar que sus terribles contradicciones brotasen ante la mirada serena del creyente, vacunada por la fe contra el virus mortal del ateísmo. «Dios existe donde no existe el pensamiento», afirmó el padre de las doctrinas marxistas. Y agregó: «La no-razón es la existencia de Dios». Es decir, que para Marx no podía existir Dios sino en la mente de aquellos sin capacidad para razonar con lógica: el mundo cristiano ha sido, en tal caso, un mundo de dementes; la historia del Cristianismo, una historia de tarados mentales: los grandes filósofos y pensadores creyentes, un grupo de impostores o necios, cuyo pensamiento no ha tenido ni posee validez alguna a la luz del raciocinio humano; la Biblia entera —el libro más leído en todos los tiempos—, una obra de locos, que a lo largo de los cientos de años de diferencia entre los momentos en que tomaron la pluma para escribir sus libros, se pusieron de acuerdo en los detalles de su locura para tomarnos el pelo a todas las generaciones posteriores que habríamos de recibir su mensaje de esperanza y salvación.

Dios sólo está en la mente de los hombres incapaces de razonar. Era el principio fundamental de Carlos Marx respecto a la fe. Y aquí está la gran contradicción de su vida, ya que él mismo no pudo apartar a Dios ni un solo momento de su pensamiento, aun cuando no lo tuviera presente sino para negarlo y combatirlo.

El derrumbamiento del ateísmo

La persona convertida a Cristo, firme en su fe, encuentra realizadas sus máximas esperanzas en el más allá, donde es recibida por la mano firme y segura del Dios en el que ha vivido confiada. En cambio, el ateo llega ante la realidad del final de su vida envuelto en una horrible y fría soledad, lleno de angustias y desprovisto de toda esperanza.

Se cuenta del célebre apóstata Hume, quien guió a su madre a aceptar sus creencias ateas, que cuando la vio en la agonía exclamó: «Madre, ¡iten confianza!» «Hijo —le contestó ella con los ojos repletos de lágrimas—, no puedo tenerla; me has robado mi fe».

En nuestra vida se plantea hoy la doble alternativa de asegurar un final tranquilo, descansando en la confianza de un Dios que nadie ha sido aún capaz de negar sin incurrir en tremendas contradicciones. O un final sin Dios y sin esperanzas de ningún tipo, angustiado por una vida de negación amarga y por un futuro lleno de incertidumbre y de negrura...

UN ACERCAMIENTO AL PROBLEMA DE DIOS

El problema de la existencia de Dios no puede ser resuelto por medio de la filosofía ni recurriendo al simple razonamiento humano. Pero un acercamiento al problema sí que puede intentarse.

El hombre puede explorar los espacios y alcanzar la luna; la ciencia moderna, con sus poderosos recursos, puede penetrar en muchos secretos del universo; pero Dios continúa y continuará entronizado por en cima de nuestros caminos, más allá de nuestros pensamientos, sin miedo a que el hombre descubra e invada un día sus moradas.

La fe cristiana se mueve por campos distintos a los de nuestra existencia terrena. Hay seguridad en nuestras convicciones, pero son seguridades distintas a las que toca el científico o maneja el matemático. En su laboratorio, el científico trata de obtener las pruebas de las verdades que ha adquirido en las aulas de la Universidad. El resultado de sus investigaciones suele traducirse en seguridades absolutas. Ya no se supone que la tierra gire en torno al sol; lo sabemos con certeza. El tremendo poder destructivo de la energía atómica ha dejado de ser una suposición para convertirse en una verdad sin discusión posible.

¿Podemos probar la existencia de Dios de la misma manera? ¿Tenemos alguna fórmula absoluta mediante la que podamos demostrar contundentemente que Dios existe? Es aquí donde tropiezan muchas personas de buena voluntad y donde surge el conflicto entre el hombre y su fe, ya que no existe prueba alguna que demuestre de manera matemática la existencia de Dios. Ni existe ni puede existir; en caso afirmativo significaría que el gran Dios del Universo estaría sujeto a juicios y medidas del hombre. Como alguien ha dicho: «Un Dios cuya existencia pueda ser probada, no merece el trabajo de la prueba». Si pudiéramos probar a Dios dejaría de ser el gran Ser cuyos caminos están por encima de los caminos del hombre; y podríamos penetrar en sus dominios y rebajarlo a nuestro nivel humano.

Con todo, intentaremos unas consideraciones en torno a las pruebas más conocidas sobre la existencia de Dios.

El sentido común

La primera prueba es la del sentido común. La Bruyère decía: «Siento que hay un Dios, y jamás siento lo contrario; esto me basta para deducir de aquí que Dios existe». Unamuno, con ser más violento en sus razonamientos, no era menos lógico. «No es nuestra razón –grita desde el fondo de su *Sentimiento trágico de la vida*– la que puede probarnos la existencia de una Razón Suprema... El Dios vivo, tu Dios, nuestro Dios, está en mí está en ti, vive en nosotros, y nosotros vivimos, nos movemos y somos en Él.»

Los hombres no se rebelan contra Dios, porque esto es contrario a toda razón, sino contra el abuso que se ha hecho del nombre de Dios. Averroes lo llamó Espíritu Creador; Aristóteles, Inteligencia que organiza; Espinoza, Principio Inmanente; Maeterlinck, Fuerza Instintiva; Marx, Energía Material. Para Schelling, Dios se llama Naturaleza; para Hegel, también Espíritu; para Schopenhauer, Voluntad; para ti, tal vez, Algo. Todos esos nombres valen para Dios y son, de hecho, el reconocimiento de Su existencia.

La jerarquía de las causas

La segunda prueba sobre la existencia de Dios es la que se deduce por la jerarquía de las causas ya expuesta por Aristóteles. El razonamiento es sencillo; no hay efecto sin causa. La silla en la que me siento la hizo un carpintero, usando la madera que sacó de un árbol. En el universo hay una jerarquía indudable de causas y de efectos. Y si hay causas creadas que producen efectos, forzosamente tuvo que haber una Causa increada que diera origen a todas las demás causas y éstas a los efectos.

Nérée Boubée, en su libro *Manual de Geología*, dice con todo acierto: «Nada hay eterno en la tierra; y todo, tanto en las entrañas del globo como en su superficie exterior, atestiguan un principio e indica un fin». Ese principio, esa Causa, es lo que llamamos Dios.

Cambio, movimiento

La tercera prueba es también aristotélica y fue explicada por Santo Tomás. En el mundo hay cambio, hay movimiento, y este movimiento nos conduce indefectiblemente a una primera Causa no movida, a un primer Motor. La materia que compone el Universo es inamovible. Las ciencias físicas nos dicen que la materia es inerte. Luego si la materia es inerte y el mundo material se mueve continuamente, es que hay un Principio fuera de la materia que da vida al movimiento.

Nuestra idea de lo infinito

Otra prueba de la existencia de Dios es la idea que tenemos de lo infinito. Resulta curioso comprobar que la mayoría de los ateos, especialmente los teóricos, afirman que «creen» en «algo». Niegan a Dios, pero no pueden sustraerse a la idea de un Ser superior al hombre.

Cuando uno dice, usando un vocabulario de todos los días, que es un ser finito, está dando a entender que hay otro infinito; cuando se proclama que se es un hombre imperfecto, desordenado, injusto, impotente, estamos admitiendo que hay Alguien que es perfecto, ordenado, justo y potente. Ese Alguien no figura entre los hombres finitos, porque en el ser finito no se ha dado ni se dará jamás la perfección, luego hay que buscarla forzosamente fuera de nuestro espacio, precisamente en ese infinito que constituye una prueba más, de carácter metafísico, de la existencia de Dios.

La realidad espiritual

Otra prueba de que Dios existe la tenemos en la realidad espiritual del hombre. Sabemos que a un poco de tierra, de fuego, de agua y de aire debemos las partes sólidas de nuestro cuerpo; pero ¿dónde hemos encontrado, de dónde hemos tomado la razón, es decir, el espíritu, el juicio, el pensamiento, la prudencia y todo cuanto en nosotros es superior a la materia? La vida espiritual que manda sobre el cuerpo material dice a gritos que hay Dios. Porque esa vida espiritual procede de Él. Podremos negar a Dios, pero al pensar en Él le estamos reconociendo sin darnos cuenta.

La armonía del universo

Si queremos otra prueba de la existencia de Dios podemos fijarnos en la armonía del universo. Hay movimiento, pero es regular, uniforme, inteligente. Hay belleza en el cielo azul, en la puesta de sol, en los montes nevados...

Hasta Voltaire, abrumado por la evidencia en contra de lo que pretendía negar, dice: «Si un reloj presupone un relojero, si un palacio indica un arquitecto, ¿por qué el universo no ha de demostrar una inteligencia suprema? ¿Cuál es la planta, el animal, el elemento o el astro que no lleva grabado el sello de Aquel a quien Platón llamaba el eterno geómetra?»

«Estas cosas visibles –dice san Pablo– revelan al invisible Dios» (Romanos 1:20).

Prueba de la finalidad

Todavía nos queda una prueba más en favor de la existencia de Dios. Naturalmente, podríamos aducir cincuenta, cien más, pero no caben en este espacio. Queremos citar la que se ha llamado prueba de la finalidad o por la finalidad y se ilustra preferentemente con el ejemplo de la flecha. Disparamos una flecha y ésta se dirige invariablemente al blanco que le hemos prepuesto.

La flecha es un objeto desprovisto de conocimiento, pero cumple su cometido porque tras ella hay un ser inteligente, en este caso el arquero que la ha lanzado.

En este mundo en el cual vivimos hay objetos y seres desprovistos de inteligencia, pero tienden, cosa curiosa, a la realización de un fin concreto. ¿Nos hemos preguntado alguna vez por qué? ¿Quién controla la dirección del viento? ¿Quién orienta las olas del mar? ¿Quién pone a las hormigas en fila para que trabajen en busca de alimentos? ¿Quién sostiene las riendas que guían sabiamente a la Naturaleza? ¿Quién, quién sino Dios?

CRISTO, LA SOLUCIÓN DEL PROBLEMA

La solución del problema de Dios nos llega a través de Cristo. En Mateo 11:28, Jesús dice: «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar».

El trabajo y la carga espiritual que para el hombre supone el problema de Dios hallan su perfecto descanso en Cristo. El vino para eso. Para dar solución al problema de Dios. Así lo dice la Biblia.

Revelarnos al Padre

En primer lugar, Cristo vino para revelarnos al Padre. «A Dios nadie le vio jamás —dice san Juan—; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer» (Juan 1:18). Cristo tenía plena conciencia de esta misión divina. Hablando con los judíos de su tiempo les decía: «Yo he venido en nombre de mi Padre» (Juan 5:43); «Yo soy en el Padre, y el Padre en Mí» (Juan 14:11), y a Felipe, el hombre que quería ver a Dios, Cristo le dice: «El que me ha visto a Mí, ha visto al Padre... » (Juan 14:9). Cristo nació para esto, para revelarnos a Dios. El apóstol san Pablo entiende perfectamente este misterio de la revelación de Dios en Cristo, y escribe en la segunda carta a los Corintios: «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándonos en cuenta a los hombres sus pecados» (2ª Corintios 5:19).

Iluminar nuestras mentes

En segundo lugar, Cristo nació para iluminar nuestras mentes y nuestras conciencias con el resplandor de Su luz divina. A los judíos que le escuchaban con propósitos diferentes, unos para creer en Él y seguirle y otras para poder acusarle, Jesús les decía: «Yo, la Luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en Mí no permanezca en tinieblas» (Juan 12:46). Y estando en una ocasión sentado en el patio del templo en Jerusalén, tras haber perdonado a la mujer acusada de adulterio, declaró públicamente: «Yo soy la Luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Juan 8:12).

Traernos paz

En tercer lugar, Cristo vino para traernos paz. Cuando Él nació los ángeles cantaron: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz» (Lucas 2:14). Sin embargo, el mismo Cristo hizo siempre una cuidadosa distinción entre la paz suya y la paz del mundo. A los discípulos, en dos ocasiones distintas, les habló de esta manera: «La paz os dejo, mi paz os doy; Yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo... Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, Yo he vencido al mundo» (Juan 14:27; 16:33). Cuando los apóstoles empiezan sus grandes campañas de predicación pública, la paz de Cristo forma parte central en sus mensajes. Así, el apóstol Pedro dice a quienes le escuchaban en casa de Cornelio: «Dios envió mensaje a los hijos de Israel, anunciando el Evangelio de la paz por medio de Jesucristo» (Hechos 10:36).

Darnos vida

En cuarto lugar, Cristo vino al mundo para darnos vida. No una vida terrena, temporal, pobre, mezquina, sino una vida celestial, eterna, rica, abundante: «El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Juan 10:10). San Juan, el apóstol del amor, dice de Él: «En Él estaba la vida, y la vida era la Luz de los hombres» (Juan 1:4). Y en uno de los pasajes más claros, más sencillos y más impresionantes de toda la Biblia, el mismo apóstol Juan declara: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16).

Salvarnos

Y finalmente, Cristo vino al mundo para traernos salvación. Él mismo lo dijo con palabras inequívocas: «El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19:10). Ese fue el principal objetivo del nacimiento de Cristo: salvar al pecador, buscar al perdido y sacarlo desde el fondo de su perdición a la vida feliz con Dios. Pero Cristo no se limitó a palabras. Él dijo que había venido a salvar al perdido y efectivamente lo hizo. En el curso de sus tres años de ministerio terrenal, miles de personas fueron eternamente salvadas por Jesús. A Zaqueo, una vez que estuvo con él a solas en la intimidad del hogar, le dijo: «Hoy ha venido la salvación a esta casa» (Lucas 19:9). A uno de los diez leprosos a quienes limpió de su enfermedad, al samaritano que volvió a Él agradecido por el beneficio recibido, Cristo le ordenó: «Levántate, vete; tu fe te ha salvado» (Lucas 17:19). A aquella mujer que llevaba doce años arrastrando una enfermedad incurable y que tocó por detrás la túnica de su vestido, Jesús le dijo: «Hija, tu fe te ha salvado: ve en paz» (Lucas 8:48). Al paralítico que fue bajado por un agujero hecho en el techo de una casa donde estaba Jesús, le dijo: «Hijo, tus pecados te son perdonados» (Marcos 2:5). Y, en fin, a aquella otra mujer temblorosa que fue conducida a Jesús casi a rastras cuando el Maestro se encontraba escribiendo sobre la arena que había en el patio del templo, la despidió con estas palabras de confianza: «Ni Yo te condeno; vete, y no peques más» (Juan 8:11).

En la conclusión de este estudio sobre el misterio de Dios quiero referirme a una obra de reciente aparición, cuyo contenido está muy en la línea de las páginas aquí escritas.

Bernard Henry Levy, el joven y brillante filósofo francés de origen judío, acaba de publicar un libro profundo y serio, al que ha puesto por nombre *El Testamento de Dios*. Libro para ser meditado y observado en sus consecuencias.

Henry Levy recorre todos los ángulos de la barbarie humana y presenta como única alternativa para vencer el apocalipsis de los tiempos presentes el convertir a Dios en objeto de nuestros deseos y en final de nuestras acciones.

La hermandad entre los hombres, a nivel universal, emana de lo absoluto. Decretar la muerte de Dios, aunque sea por razones de Estado, supone dejar al hombre huérfano de su más preciado tesoro; de su único tesoro, porque la esperanza en Dios es la única que queda a quienes no tienen otra cosa en esta tierra de miserias.

El libro de Henry Levy, sefardita de origen, se ha convertido en poco tiempo en un clásico del tema. Nosotros somos los destinatarios del «testamento de Dios» y el autor nos dice que para ser dignos receptores de tan importante mensaje hemos de resucitar de entre los muertos

y asomarnos a la ventana de la posteridad. Por esa ventana, abierta a la rosa del corazón entrarán los resplandores divinos e iluminarán nuestras tinieblas hasta conseguir que el misterio de Dios, el misterio oculto, se haga resplandeciente.

Entonces andaremos felices el resto del camino.